

The book cover features a teal-colored decorative border with a repeating scrollwork pattern. In the center, there is a large white oval. Inside this oval, the author's name 'EDUARDO BARRIOS' is printed in black, uppercase letters. Below the author's name, the title 'CUENTOS' is printed in large, bold, red, uppercase letters. At the bottom of the oval, the year '2018' is printed in black, uppercase letters. The background of the cover is a solid light yellow color.

EDUARDO BARRIOS

CUENTOS

2018

EDUARDO BARRIOS

(1884-1963)

Reconocido como uno de los grandes escritores chilenos del siglo XX y como un destacado líder cultural, desempeñando los cargos de director de la Biblioteca Nacional y ministro de Educación, Eduardo Barrios recibió el Premio Nacional de Literatura en 1946.

Sus novelas *El niño que enloqueció de amor*, *Un perdido*, *El hermano asno* y *Gran señor y rajadiablos* lo posicionaron como uno de los mejores novelistas hispanoamericanos y sus obras se editaron en Chile, Argentina, México y España, siendo traducido a varios idiomas.

Incursionó con bastante éxito en la crónica periodística y la crítica literaria y teatral, además de escribir notables obras de teatro. En este libro se reúnen sus cuentos, en donde se expresan de manera sintética parte de las problemáticas que profundizará en sus novelas.

Como miembro destacado del Grupo de Los Diez, se publican sus obras bajo el sello de la hermandad decimal.

CUENTOS



Proyecto financiado por el Fondo
del Libro y Lectura, Línea
Fomento a la Industria 2018

Cuentos

EDUARDO BARRIOS

© Sucesión Eduardo Barrios, 2018
© Ediciones de «Los Diez», 2018
© Ediciones Universidad de La Frontera, 2018

ISBN: 978-956-236-347-1



Ediciones

Universidad de La Frontera

Av. Francisco Salazar 01145, Casilla 54-D, Temuco

Rector: Dr. Eduardo Hebel Weiss
Vicerrector Académico: Dra. Gloria Rodríguez Moretti
Director de Bibliotecas y Recursos de Información: Dr. Carlos del Valle Rojas
Coordinador Ediciones: Luis Abarzúa Guzmán



Ediciones de «Los Diez»

Director Editorial: Pedro Maino Swinburn
Directora de Arte: Camila Correa Harnecker
Diseño de portada: Daniela Peña Valjalo

EDUARDO BARRIOS

CUENTOS

EDICIONES DE «LOS DIEZ»

EDICIONES
UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

====TEMUCO====

2018

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
TAMBIÉN ALGO DE MÍ	15
<i>Por Eduardo Barrios</i>	
CUENTOS	
«Amistad de solteras» o «Como hermanas»	23
«Lo que ellos creen y lo que ellas son»	33
«Celos bienhechores»	43
«Pobre feo»	57
«La antipatía»	75
«Santo Remedio»	93
«Camanchaca»	105
EPÍLOGO	121
<i>Por Juan Pablo Yáñez Barrios</i>	

PRESENTACIÓN

El proyecto editorial del grupo de Los Diez se inició a mediados de 1916, motivados por la acogida que tuvo la «Primera Exposición de Los Diez», celebrada en los salones de *El Mercurio* en junio de ese mismo año. Manuel Magallanes, Pedro Prado y Alberto Ried, todos reconocidos en el ambiente cultural como escritores, sorprendieron con una muestra de pinturas de pequeño formato. El éxito fue tal, que se vendieron todas las obras. Al mes siguiente se realizó la «Primera Velada de Los Diez» en la Biblioteca Nacional, cuyo programa contemplaba piezas musicales de Pedro Humberto Allende, Carlos Lavín, Javier Rengifo y «Las Doloras» de Alfonso Leng, poemas de Manuel Magallanes Moure, un discurso de Inés Echeverría y la lectura de la «Somera Iniciación al Jelsé» de Pedro Prado, una suerte de manifiesto del grupo. En pocos días, esta agrupación de artistas que había surgido de manera azarosa y divertida, iba tomando forma. Pedro Prado recordará años más tarde aquellos días, en unos manuscritos inéditos que se conservan en su archivo:

«El espectáculo de nosotros algo irradiaba, algo se multiplicaba. Era la alegría sin causa, el ardor sin origen, era la fuerza, la gracia, la audacia, la certeza, la vislumbre de una suerte de repentina e irrefrenable embriaguez. No teníamos dinero. Pues fundaríamos una casa editorial, y no una cualquiera, la mejor. Las Ediciones de Los X»¹.

El proyecto original comprendía 12 números al año: 5 dedicados a la REVISTA, 4 a la BIBLIOTECA (obras literarias), 2 a los PINTORES CHILENOS (reproducciones de cuadros en tricomía, acompañados de artículos crítico-biográficos sobre sus autores), y 1 cuaderno destinado a MÚSICA, ESCULTURA Y ARQUITECTURA.

Como es natural, el proyecto sufrió algunas modificaciones. Se publicaron 4 REVISTAS, 7 números de la BIBLIOTECA (*Venidos a menos* de Rafael Maluenda, *La Hechizada* de Fernando Santiván, *Días de campo* de Federico Gana, *Pequeña Antología de Poetas Chilenos Contemporáneos*, *Motivos de Proteo. Homenaje a José Enrique Rodó*, *Cuentos de Autores Chilenos Contemporáneos* y *Pobrecitas* de Armando Mook) y un cuaderno de MÚSICA (*Músicos chilenos*). Se prometió un libro de Juan Francisco González y otro de Julio Ortiz de Zárate, que por razones que desconocemos, no vieron nunca la luz. Y esa sección de PINTORES CHILENOS fue la única que no se pudo materializar. Otra de las promesas incumplidas fue la publicación del libro *Aventuras de Curcunchito* de Pedro Prado, que se anunciara en una de las tapas de *Cuentos de Autores Chilenos Contemporáneos*. Era un anticipo de lo que sería *Alsino*, publicado tres años más tarde.

El fin de Ediciones Los Diez en 1917 se debió a varias razones. La enconada polémica surgida tras la publicación de la *Pequeña Antología de Poetas Chilenos Contemporáneos*, y en especial las intervenciones de Omer Emeth, causaron un hondo malestar en sus integrantes. Asimismo, la progresiva partida de varios de sus

¹ Archivo Pedro Prado, Biblioteca de Humanidades, Pontificia Universidad Católica de Chile.

integrantes al extranjero, como Acario Cotapos, Armando Donoso y Alberto Ried, entre otros, también fue minando el ánimo de un grupo que venía siendo asediado por una crítica que interpretaba el humor de Los Diez como un acto de frivolidad.

Sin embargo, las 12 publicaciones que lograron concretarse en aquel año de trabajo son suficientes para considerar a este proyecto editorial como uno de los más significativos de la primera mitad del siglo XX. Su carácter interdisciplinario, el cuidado arte de sus publicaciones y el mérito de haber apostado por obras que pronto se convertirán en clásicos de la literatura chilena, como *Días de campo*, de Federico Gana, contribuyeron a posicionar a Ediciones Los Diez en nuestro campo cultural.

Fernando Santiván quiso dar continuidad al proyecto de Los Diez con la *Revista de Artes y Letras*, conservando las oficinas, las listas de suscriptores, el formato de la *Revista de Los Diez* y también la idea de intercalar la publicación de una revista con libros. A pesar del esfuerzo, solo alcanzaron a aparecer 8 números: 4 de la revista y 4 de los títulos de literatura.

Pero Los Diez no se disolvieron tras el fin de su proyecto editorial. Los miembros que permanecieron en Chile siguieron reuniéndose periódicamente en la casa de Pedro Prado y algunos bares y restaurantes de Santiago. Además, hubo nuevas incorporaciones al grupo, como Antonio Castro Leal, secretario de la embajada de México en Chile, quien participaría junto a Pedro Prado en la célebre mistificación del poeta afgano Karez-I-Roshan en 1921, y Eduardo Barrios, quien se supone reemplazó al hermano arquitecto, Julio Bertrand Vidal, fallecido tempranamente en julio de 1918.

Los Diez no eran precisamente un grupo generacional que se reunía para irrumpir en el campo artístico y posicionarse. Varios de sus integrantes, como Juan Francisco González, Manuel Magallanes Moure y Augusto d'Halmar ya eran figuras consagradas, y la mayoría tenía más de treinta años. A Los Diez los unió el deseo de liderar un campo, de hacer un proyecto que remeciera la escena y

que abriera nuevos caminos. Todo lo cual se cumplió. Asimismo, la apertura hacia los nuevos talentos que describiera Pedro Prado en su discurso la «Somera Iniciación al Jelsé», con respecto a estar atentos a quienes representaran la esperanza del mundo, la practicaron con humor y generosidad. Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Manuel Rojas, entre otros, fueron testigos de ese esfuerzo.

«Es requisito imprescindible para pertenecer a Los Diez, estar convencidos que nosotros no encarnamos la esperanza del mundo; pero, al mismo tiempo, y de acuerdo con el sentido de la oración anterior, debemos observar con prolijidad todo nuevo ser que se cruce en nuestro camino, por si él encarnase esa esperanza, lo que no impide que, después de ese examen, él y nosotros nos riamos, con gran pesadumbre y bulliciosa algazara, de los continuos engaños en que por este motivo nos ocurran».

El arte, la amistad y el humor fueron los pilares sobre los cuales Los Diez construyeron su refugio. Y son precisamente esos tres elementos los que queremos rescatar para darle nueva vida a ese emblemático proyecto editorial. Buscamos continuar también su espíritu transdisciplinario, intentando diversificar el catálogo con publicaciones de arte, literatura, música y filosofía, así como también motivar al cruce y colaboración entre distintas disciplinas, como solían hacer los hermanos decimales. El trabajo colaborativo de Alfonso Leng y Pedro Prado en *Las Doloras* y *La Muerte de Alsino* es muy significativo, así como también la condición de poetas pintores de Manuel Magallanes Moure y Pedro Prado, y de pintor poeta de Juan Francisco González. Vale la pena destacar el cuento «El Cachespeare» que publicó don Juan Pancho en la *Revista de Los Diez* número 3.

Tomar la posta del Grupo de Los Diez más de cien años después supone un esfuerzo por fortalecer nuestra tradición cultural, por tomar consciencia del extraordinario repertorio con el que

contamos. Asimismo, existen ciertas similitudes en los momentos históricos. Vivimos procesos de descomposición y desconfianzas, donde las artes deben atrincherarse en medio de la indiferencia y la frivolidad. Un orden social y político en crisis, una animosidad que se despliega a través de nuevos soportes con una eficacia nunca antes vista. En este escenario, consideramos valioso un proyecto editorial que se proponga servir de plataforma de reflexión, rescate patrimonial y difusión de nuevas ideas.

Ediciones de «Los Diez» buscará establecer lazos de colaboración con distintas instituciones comprometidas con el desarrollo cultural chileno. En esta oportunidad, ha sido la Universidad de La Frontera y el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a través del Fondo del Libro y la Lectura, quienes han hecho posible la publicación de los dos primeros libros del nuevo catálogo: *Cuentos y Teatro* de Eduardo Barrios. El compromiso de Ediciones Universidad de La Frontera con el rescate y la difusión de la literatura chilena ha sido consistente a lo largo de los años, sumándose estos dos títulos a *Ensayos y Estudios Literarios* de Pedro Balmaceda Toro, *Obras Reunidas* de Jenaro Prieto y *Obras Completas* de Federico Gana, entre otros.

En esta primera etapa, concentraremos nuestros esfuerzos en poner a disposición de los lectores contemporáneos una selección de la obra de los hermanos decimales, para luego cumplir con el programa original de Ediciones de «Los Diez»: «ser un refugio contra el rudo mercantilismo de nuestra prensa diaria y de nuestras revistas hebdomedarias, de las cuales voluntaria o involuntariamente se han visto obligados a excluirse nuestros mejores artistas: pintores, músicos, escritores, dibujantes y arquitectos».

TAMBIÉN ALGO DE MÍ¹

Nací en Valparaíso, el 25 de octubre de 1884. Soy hijo de chileno y de peruana. Mis padres casaron en Lima, durante la ocupación del ejército de Chile, en cuya comisaría general ocupaba mi padre un puesto. Hija de alemán y de una hija de francés y de vasca, educada además en Hamburgo, donde permaneció desde los dos años hasta los diez y seis, mi madre no podía tener a los diez y ocho un sentimiento patriótico capaz de luchar con el amor; y así, casó con mi padre, se vino a Chile y, ya en la patria de su hijo y de su marido, se sintió muy chilena.

(Acaso por la mezcla de todas estas sangres, mi patriotismo viva de una fuerza de simpatía humana, más que de un exclusivismo de bandera.)

Murió mi padre cuando yo alcanzaba los cinco años. Como mi abuelo, el alemán, seguía sus negocios en el Perú aún y allí vivía entonces, la viuda prefirió irse a su lado. Entre la casa paterna y la de los suegros, la elección no permitía dudas.

¹ Publicado en *Y la vida sigue...* Buenos Aires: Tor, 1925.

Por esto me eduqué yo en Lima hasta los quince años. Cursé allá las humanidades. Fui condiscípulo de los García Calderón. De ellos, Ventura, que me iguala en edad, fue mi predilecto. Leímos juntos a Julio Verne, soñamos, nos quisimos mucho. Ambos éramos gordos. Aún me dice él en sus cartas «querido gordo». No sé por qué nos escribimos hoy muy poco. ¿Tacna y Arica...? Yo sigo queriendo a ese «gordo Ventura», tal vez irrazonadamente. Los gordos son siempre buena gente. Será superstición mía; pero yo, hoy casi flaco, temo deber mi dosis de bondad a mi gorda infancia...

¡En fin! A los quince años de edad, volví a Chile. Se trataba de seguir una carrera, y esto debía realizarse en mi país. Mis abuelos paternos (bisabuelos) me impusieron la milicia. Hube de aceptarla, por presión. Fui un cadete distinguido, gocé de todos los privilegios que mis conocimientos, superiores a los exigidos en la Escuela Militar, y mi fortaleza física me conquistaron. Pero mi espíritu no se amoldó jamás al ambiente soldadesco. Y obtuve mi «baja» antes de ser oficial.

En *Un Perdido* he pintado con sinceridad la vida de esa Escuela. No soy yo, por supuesto, ese Lucho Bernales. Algunos han dado en suponer que *Un Perdido* es novela autobiográfica. Falso. Yo lo acepto como un elogio: tal creencia me dice que la ficción convence. Pero hay en esa novela mucho vivido; aunque todo ello se adaptó, se combinó con lo observado en otros, se amalgamó con elementos que dieran resultados sintéticos y representativos, que especificaron individualidades y diesen cristales de psicología, de ambiente, de arte, en fin. Solo hay allí un tipo totalmente exacto a su modelo: Papá Juan. Aun cuando la mayoría de sus episodios son equivalentes y no históricos, es él, mi abuelo materno, el alemán, con sus pensamientos, con su alma, con su corazón y hasta con sus palabras. Él influyó como nadie en mi conformación anímica; de su espíritu me reconozco descendiente genuino. Gracias a que de él viene mi «célula permanente», he logrado mantenerme sano en todos los medios por los cuales la vida me ha hecho rodar después. Porque, rotas ya

las relaciones con mi familia paterna, a causa de mi salida de la milicia, y muerto Papá Juan, y pobre mi madre, hube de correr mundo, tras el pan, tras la fortuna, tras... no sé cuántos ideales de juventud.

Recorrí media América. Hice todo. Fui comerciante, expedicionario a las gomas en la montaña del Perú; busqué minas en Collahuasi; llevé libros en las salitreras; entregué máquinas por cuenta de un ingeniero en una fábrica de hielo de Guayaquil; en Buenos Aires y Montevideo vendí estufas económicas; viajé entre cómicos y saltimbanquis; y, como el atletismo me apasionó un tiempo, hasta me presenté al público, como discípulo de un atleta de circo, levantando pesas... He caído, he levantado, he sufrido hambres, he gozado hartanzas. Y siempre en medio de todo, me respeté... porque soy un sentimental.

Dice de mí Ángel Cruchaga en un reportaje publicado en *Caras y Caretas* de Buenos Aires a fines de 1918: «...fue amado y amó con la plenitud que el amor alcanza en sus obras; también fue desdeñado y desdeñó a su vez con la crueldad horrible y sin remedio del desamor. La vida, pues, dura en muchas ocasiones con él, forjó en el dolor esta alma experta ya, que más tarde se tradujo en...» sus libros. Creo que esto es verdad también. Escribo desde... no sé desde cuándo. De niño, no diré que escribía, materialmente; pero soñaba mucho, y soñar es componer.

Cuando estuve en Buenos Aires, había publicado ya mi primer libro, *Del Natural*, en Iquique. No busqué allí a los escritores, por humildad. Comprendí que aquel primer libro no era credencial suficiente, que con él me presentaría como un mediocre. Y mi humildad no daba para tanto... Hoy, con mis obras, fraternizo con los argentinos, como con tantos americanos.

Mis libros, todos, tienen historia, aun *El Hermano Asno*, que ha recibido las emociones de mi amor, del definitivo, de este que hoy me da una felicidad que me asusta, que me causa el espanto de la eternidad. *El Niño que enloqueció de Amor* recogió un episodio de mi vida cuando apenas contaba yo nueve años. Y así, *Vivir, Lo que*

niega la vida... Cada obra mía respondió a una siembra que la vida realizó en mí.

No me quejo de la vida, porque hoy me va pagando su deuda. Por mucho tiempo me entregué a ella, y entre sus inmensas manos ciegas solo cansancio halló mi corazón. Al volver a Santiago, traía un gran cansancio. Mi esperanza se había refugiado en un anhelo único: tener un hijo. (De ello nació esa María de *Vivir*, personaje que recibí aquel ansiar y que preferí hacer mujer por razones literarias.) Y me casé, ciego, contra toda prudencia. ¡Ah, yo estaba tan rendido! Es preciso haber vivido todo lo que yo viví, para comprender ese cansancio tras el cual la posibilidad de un hijo renovador avienta toda cautela. En fin, pasemos. Hice un matrimonio absurdo. Pero tuve el hijo, dos hijos tuve; y por ellos y para ellos viví años y años... aunque yo solo sé a qué precio. Pasemos. Hoy, anulado ya mi primer matrimonio, y vuelto a casar, mi vieja ansia de amar, ya colmada y satisfecha, cede su puesto a una más feliz, a una feliz y terrible: la del espanto ante la eternidad. Y tengo amor, y tengo mis dos hijos, y tengo una hija también. Sé que algunos murmuran; porque tener conceptos justos se aplaude y acordar los actos a esos conceptos se vitupera; porque la rebelión y la independencia enfurecen a los mansos. Cuando un hombre pisa recio y la acera retumba, el buenza de mi perro ladra y escandaliza la calle. Dentro de casa, sin embargo, están conmigo los míos, y permanecen tranquilos, con todos mis amigos, que continúan viniendo a mí.

Pasemos.

Odio los gestos, las presuntuosas bizarrías con que algunos suelen adornarse de plumas. Odio esto en la vida y en el arte, en mi arte. No soy un simple; aspiro a ser un simplificado. Amo la sencillez precisamente porque en ella encuentran paz los complejos. Y como en la sencillez cabe la multiplicidad, ella es mi norte, mi fin en la depuración.

He definido el arte así: Es una ficción que sirve para comunicar, no la verdad misma, sino la emoción de la verdad. Y he dicho sobre

mi ideal de estilo: *Música y transparencia*, porque con esto cumplido, las demás virtudes vienen solas.

Acerca de mi definición del arte, no creo necesario insistir. Cuando más, pido fijarse en que digo comunicar y no expresar. La expresión lisa y llana, por exacta y poderosa que sea, pertenece a la ciencia: comunicar y aun contagiar es misión del artista.

Defino en cambio esas dos palabras sobre el estilo, *Música y transparencia*. Porque yo desearía que, al leer mis obras, el lector se olvidara de que lee y que recibiera solo, como directas de la vida y de la naturaleza, las sensaciones y las emociones de cuanto quise comunicarle. A esto tiende todo mi esfuerzo de prosista, a la transparencia para que nada estorbe ni distraiga, y a la música, porque sin ella no hay ondas simpáticas que penetren el corazón. Ya sé que esto resulta lo más difícil, porque las lecturas de nuestro aprendizaje literario, queramos o no, dejan en nosotros taras que nos entorpecen, que llegan a hacernos más fácil un modo difícil de hablar, que el fácil en realidad por lo simple y espontáneo; pero ello se consigue con un anhelo incesante de honradez y simplificación. El arte es, ¡felizmente!, muy difícil. Lo odioso es esa fácil mentira artística, la simulación de esa «exquisitez» que no pasa de presunción. Abomino los estilos presuntuosos; son los falsificadores de la propia verdad. Además, este literatismo conduce a la estultez de pretender mostrarse excepcional. El gran error, advirtió Hugo, está en creer «que yo no soy tú». No importa sentir como todos los hombres; antes bien, conviene, para ser universal. La cuestión estriba en ahondar en ese sentir común. He ahí el vigor. Y he ahí por qué se es tan vigoroso tratando un tema fuerte como uno delicado. Seamos intensos y nuestra obra será vigorosa siempre, aun cuando usemos ese medio que vulgarmente no se reconoce como vigoroso: el de la sugerencia alada e inapresable. Del lector, sabremos cuánto vigor hubo en nuestra obra; no de la índole del tema ni del procedimiento.

Y así voy marchando. Como medida de higiene, jamás pienso en mis obras una vez publicadas. Huyo del engreimiento anulador.

Tan pronto como he dado al público un libro, busco para leer una obra maestra, comparo, y mato el engreimiento. Hay que defenderse contra el éxito. En cambio, hecho este castigo higiénico, me convengo de que en arte se es aprendiz hasta el último día, y fijo la vista en mis proyectos, con un deseo de esfuerzo que me acerque a las cumbres. «¿Cómo llegaré a la montaña?» –se interroga Zaratustra– «Sube y no mires atrás». Sí; amar, vivir, crear, comprender, todo es un camino, y un camino que carece de meta.

No tengo predilección por ningún género determinado, en literatura. Los acepto, como igualmente buenos, todos. En todos ellos juntos. Además, cada una de las cosas que necesitamos comunicar exige su género.

Géneros, más bien hacen falta. De aquí mi gusto por el teatro, por el cuento, por la novela y aun por el verso –que hago a escondidas, como quien comete un secreto y delicioso pecado.

Si cultivo de preferencia la novela, es porque en ella entran todos los géneros: el episodio no es otra cosa que el cuento; el diálogo coge del teatro la palpitación viva, el calor del movimiento, y con la ventaja de hacerlo en voz queda...; el poema, en fin, estremece la concepción, canta en el tono de la emoción enaltecida, en las sensaciones clarificadas, y, en cada oportunidad lírica, exprime su sangre azul.

Amo, también, la variedad en la labor integral. Así da el sol sobre todos nuestros aspectos anímicos. La unidad del todo resulta la esencia personal, es interior; y por mucho que despiste al frívolo la diversificación, siempre quien sabe mirar distingue la vértebra.

La crítica, la opinión ajena, me interesa; pero no influye en mi labor sino en la medida mínima en que la visión de un inteligente contribuye a nuestra claridad interna. Y si los críticos no están de acuerdo sobre mi obra, me siento más dueño de mí; porque recuerdo a Wilde: «Cuando los críticos difieren, el artista está conforme consigo mismo».

Estimo pueril pretender los acuerdos unánimes acerca del juicio artístico. Hay que pensar en la diversidad de las comprensiones. He observado a este respecto, en un artículo que publiqué en *Los Diez*, el año 1916: Parece que todos estuviéramos situados en sucesivos puntos de una elipse y que a una mitad de nosotros nos iluminara o rigiese uno de los focos, y el opuesto, a la otra. Por esto, nos dividiríamos siempre en dos bandos –al menos, en dos bandos extremos o principales–; por la misma causa, sentiríamos con mayor plenitud lo propio y enseguida lo de nuestros vecinos. De aquí las afinidades y, también, esas negaciones rotundas de quienes abarcan con sus facultades un arco de la elipse, para con aquellos que han su campo en el arco opuesto.

¿Quién no ha oído a un artista de verdad negar que la obra de otro artista de verdad quede en el terreno del arte? Sin embargo, en ocasiones, hemos considerado, desde nuestra posición diferencial, que ambos son artistas, aunque de orientaciones diferentes. Y el que así hayamos juzgado o el que hayamos concedido exclusivamente a uno de ellos la razón ¿no ha sido seguramente efecto tan solo de nuestra ubicación en la elipse, en la gran elipse total que significa el gran todo de comprensiones y sensibilidades?

Pues siendo relativa por este capítulo, y relativa e inestable aun por la evolución incesante de nuestro yo, la labor crítica, única y honrada, que cabe, es la de expresar las refracciones de las obras de arte en el cristal de nuestra sensibilidad personalísima; cuidando sí, de serenar el agua de nuestro espíritu, de hacer en lo posible terso y pulido su espejo, para que hasta los más leves y sutiles rayos reflejen su vibración.

Bien. Esto, esto tan relativo y tan condicionado a las individuales facultades, es lo único que podemos pedir a la opinión ajena. ¿Cómo esperar entonces los acuerdos unánimes? Al mejor crítico, al más rico de comprensión y sensibilidad, más de una obra le hallará incomprendido e insensible. Y media elipse estará siempre dispuesta a negar a su media opuesta.

Además, yo sé que cada obra tiene su valor que se impone y al cual nada quita el ataque injusto ni la mentirosa loa nada pone. Muy a la inversa, los movimientos exagerados producen reacciones contra-productentes. A quien demás se elogia, se le crean enemigos en la misma proporción que se exageró la alabanza; y quien sufre diatribas enconadas, *a fortiori* encuentra defensores abnegados que hasta le inventan cualidades de que carece.

Meditando en todo esto, sorprenden menos algunas propiedades que se nos descubren. Por ejemplo, la paternidad espiritual. Un gran escritor, a quien admiro, me hace descender por ahí de padres literarios a los cuales apenas conozco; y halla la progenie de una de mis novelas o, con más propiedad, de uno de los personajes de una novela mía, en obras que no he leído siquiera. Yo me lo explico por lo que llevo aquí expresado; y además, lo agradezco, pues tales asertos fueron dichos para enaltecerme. Pero hablo ahora por vaciar la observación, ya muy repetida por mí a la vista del prurito crítico.

¡Oh, los padres espirituales de un escritor! Los míos son muchos, son demasiados; tantos, que ni los distingo. Leo a todos, siguiendo la norma de Balzac, para no parecerme a nadie. Y lo que más amo de mí es cabalmente mi inagotable inquietud. Todo me solicita; pues entreví siempre algo que hoy me parece ver alumbrado: todos vamos a una cúspide única. Artes, ciencias, religiones y filosofías forman una pirámide poliedra. A cada cual una cara corresponde; y estas caras, más o menos vecinas, más o menos opuestas, a medida que suben se aproximan, y en la cúspide se juntan en un punto solo.

Cuantos hagan fervientes su ascensión, se reconocerán al fin con la misma oración encendida como blanca llama en los labios humildizados.

Esto creo.

En tanto, camino.

Y una gracia imploro a los dioses: que no envejezca mi espíritu. Por exaltación escalaremos la suprema serenidad.

AMISTAD DE SOLTERAS
O
COMO HERMANAS¹

* Este cuento fue publicado con el título «Amistad de solteras» en *Del Natural*. Iquique: Imprenta Rafael Bini e Hijos, 1907. Luego fue incluido bajo el título «Como hermanas» en *Páginas de un pobre diablo*. Santiago: Nascimento, 1923. Reproducimos la última versión corregida por el autor.

Eran las nueve de la noche.

Un húmedo olor de agua y vinagre aromático refrescaba la atmósfera tibia. El cuarto, a causa de los preparativos de Laura para el teatro, estaba más iluminado que de costumbre. La lámpara desprendía por sus cuatro bombillas un torrente de luz; sobre las paredes, tapizadas en blanco, destacaban con firmeza los retorcidos contornos del amueblado Luis XV y los mil cuadritos y monerías que son frívolo y amable adorno en el dormitorio de una soltera.

Encima de la colcha rosa del lecho, un traje pintaba entre gasas un brochazo de azul pizarra; y al lado, Margarita, sentada en una butaca, esperaba que su amiga terminara su tocado. Entreteníase examinando un delicado abanico veneciano del siglo XVIII, con esa minuciosidad que exige el tiempo a quien ha de soportar una larga espera.

–¡Qué preciosidad! ¡Qué primor de abanico! –exclamó de repente, entusiasmada–. ¡Y qué perfección en las pinturas!

–Sí, es una obra de arte –repuso Laura sin volverse y mientras hundía, para esponjar el peinado, los dedos largos y pálidos en su grávida cabellera negra de criolla.

Luego añadió:

–No te lo ofrezco porque es de mamá; pero...

Margarita no la dejó concluir:

–¡Qué ocurrencia, niña! –dijo–. Aunque fuese tuyo...

Cambiaron dos o tres frases más, de pura cortesía, y el silencio solo fue entonces interrumpido por el sonido seco de los utensilios que Laura manejaba sobre el mármol del tocador, a medida que daba realce a sus encantos. Con un poco de carmín reforzó el garabatito de su boca, tornándolo ardiente y provocativo; luego se limpió los polvos de las pestañas, y los ojos resurgieron en su fulgor sombrío, mareantes y profundos como dos simas cuya oscuridad exigía admirar la tez pálida, de esa blancura desfalleciente y mate que da la vida entre tapices y cortinas.

De pronto llamaron a la puerta.

–¿Quién?

–Yo, señora. Una carta para usted –respondió la criada desde afuera.

–Margarita, hazme el favor: recíbela tú, que yo no estoy visible.

La amiga se levantó entonces y fue a recibir la carta.

–Es de Valparaíso –dijo, volviendo con ella.

–A ver... La letra es de Constancia Cabero... Déjala sobre la cómoda, para saborearla con calma cuando esté vestida.

–Constancia Cabero... –repitió Margarita, como escudriñando en su memoria–. ¡Ah! ¿Es aquella amiga que tenías cuando te conocí? ¿Aquella que se paseaba contigo y ese joven alto en la plaza?

–La misma. Una de las amigas que más quiero, una alhaja.

–Muy linda.

–Y de tanto corazón como hermosura.

–La verdad es que era preciosa –confirmó la otra con entusiasmo–. Y óyeme una cosa: cuando la veía yo a ustedes dos juntas con aquel joven, no acerté a explicarme nunca de cuál estaba él enamorado.

–Como que nosotras mismas no lo sabíamos. A las dos nos cortejaba. ¡Figúrate...! ¡Ay! No sé... Si no peleamos, fue por el

cariño realmente grande, entrañable, que nos teníamos. Cuando me acuerdo...

—¡Cómo...! ¿De manera que a las dos...?

—A las dos.

—¡Qué divertido! Cuéntame, cuéntame eso...

Sin interrumpir el pulido de las uñas, cedió Laura a la curiosidad de Margarita, y empezó a hilvanar recuerdos y acoplar detalles.

Evocó en primer término a Carlos Romero, que así se llamaba el galán. No era posible hallar tipo más seductor: alto, esbelto, de facciones correctísimas, elegante y distinguido; tanto, que ambas sentíanse igualmente atraídas por sus ojazos castaños y dormidos, de largas pestañas que dábanle una expresión acariciadora, avasallante, al mirar. Fino y oportuno en sus atenciones, descubriría al hombre avezado en las costumbres sociales. Como decía Laura, tenía un refinamiento natural de expresión, una confianza de sí mismo, un no sé qué de exquisito en sus galanteos, que les ocasionaba subidísimo, incomparable deleite y hacía titubear en ellas la educación, el recato y... casi el pudor. No ignoraban que era algo tunante, trasnochador y hasta que trataba ciertas amigas poco escrupulosas y, no obstante, esto le rodeaba de un aura seductora que las envolvía y las fascinaba. Aquella vida adornada por aventuras, amoríos ilícitos y fiestas galantes producía en ellas, como en la mayoría de las muchachas solteras del «gran mundo», un encanto misterioso a la vez que mortificante. Cuando, en las noches, separábanse de él y pensaban en los goces que otras más libres que ellas le proporcionarían, quedábanse largo rato tristes y aun pesadas de no haberle permitido, siquiera tal cual vez, alguna pequeña libertad de esas que el estricto recato llega a vedar con exceso a las señoritas...

Tras estos silencios meditabundos, solían buscarse, presas de invencible necesidad de expansión.

–A mí –decía entonces Laura, en un arranque de intimidad– me entran unos deseos de ser libre, de acompañarlo a todas partes.

Constancia callaba unos momentos, y al fin añadía:

–Se me figura que esas mujeres deben ser muy interesantes, muy zalameras en su trato, en su... ¡quién sabe en qué!... para que trastornen de ese modo a los hombres. Créeme, a ratos, pensando en ellas, me siento muy insignificante, sin atractivos poderosos, demasiado severa, desabrida, fúnebre en mi conducta y... llego a renegar de... No, no. ¡Por Dios! ¡Lo que iba a decir...!

–No, no lo digas. No hay necesidad de que me lo digas. Otro tanto me pasa a mí. Y son los celos, niña, los celos, que la hacen a una disparatar.

–En mí no son los celos; es rabia, mira, una rabia atroz. Yo, a esas mujeres las pulverizaría.

–¿Por qué existirán? Debían prohibirse.

–Así es.

Siempre concluían de semejante manera estas confidencias; pero se repetían casi a diario. Los corazones de las dos muchachas se exaltaban, desfallecían, alternativamente sensatos y enloquecidos.

Cuando Laura, entre acomodados al corsé y retoques al peinado, hubo expuesto a Margarita, con cierto dejo nostálgico, aquellos amores, la curiosa amiga arguyó aún:

–Por lo visto, estaban ustedes muy enamoradas. Y, realmente, se me hace incomprendible que no hayan peleado nunca.

–¡Ah! –dijo Laura con vehemencia–. Eso hubiera sido imposible entre nosotras, que nos queríamos tanto, que nos queríamos ya como dos hermanas.

–Pero también las hermanas pelean en tales casos.

–Pues nosotras no. Por el contrario, habíamos convenido en que cada una, por su parte, hiciera cuanto estuviese a su alcance para decidir a Carlos Romero en su favor, naturalmente que siempre que para soliviantarlo en sus inclinaciones no usara medios indignos.

–¡Ah!

–Ya ves. Con este convenio no cabían disgustos. Además, te repito, nuestra amistad fue siempre demasiado firme para que un advenedizo la desbaratara.

Y Laura continuó así, recorriendo la gama de los elogios para ponderar aquella inquebrantable unión.

¿Reñir ellas, pues? No, ni pensar se podía en semejante absurdo.

–Aunque me lo hubiera ganado ella –concluyó–, mi cariño habría sido el mismo, como es hoy.

–Y al fin, ¿en qué pararon los amores? –preguntó intrigada Margarita, mientras pasaba a Laura el vestido, recogido como aro, por encima de la cabeza.

–¡Pse...!, en que nadie triunfó. Carlos fue llamado a Valparaíso por su padre, para hacerse cargo de sus negocios, y tuvo que abandonar Santiago sin decidirse por ninguna de las dos.

–¡Qué tontas! Lo más discreto hubiera sido que una de las dos renunciase.

–¡Qué quieres...! No se pudo. Varias veces lo pensamos. Una vez llegamos a sortearnos; pero enseguida anulamos el juego, alegando trampas y jugarretas; aunque me parece que la verdadera causa era que ninguna podía sufrir indiferente el sacrificio de la otra. Nos queríamos tanto...

Pronto Laura terminó de vestirse y, cogiendo la carta, se acercó a la lámpara, a fin de leer mejor.

Su silueta robusta irradiaba en la luz, que se escurría por el descote fresco, afelpado y con marfileños reflejos. El vestido insinuaba las caderas de morena fogosa y caía en levísimos pliegues.

Con la esquelita entre los dedos, leía Laura en silencio, descubriendo a ratos con una sonrisa, la línea brillante de los dientes. A su lado, Margarita, con mirada interrogadora, esperaba impaciente alguna noticia; sus ojos seguían el zigzag que describían los de Laura sobre el papel. Aquel semblante de rubia vivaracha era un espejo de los gestos de su amiga; en él se repetían, con el poder del contagio, las muecas y las sonrisas.

De pronto, la sonrisa de Laura dejó de ser la flama producida por el goce de las nuevas agradables; se trocó primero en indecisa, luego en amarga, después en irónica, indefinible, mientras las pupilas ávidas se dilataban para releer un trozo de la carta. Por último, los brazos se descolgaron a lo largo de los flancos. Laura quedó abismada. Su respiración se había hecho fatigosa, su pecho se agitaba en reprimidas ondulaciones, cual si en su interior una tempestad de ira despertase. La cólera llevó de repente una oleada oscura a los ojos, que chispearon. Los labios se entreabrieron como para decir algo... Pero la muchacha vaciló, cohibida, unos instantes.

Al fin, no pudo reprimirse. Su ira estalló, desbordante, incontenible ya.

—¡Falsa, infame, ruin! —dijo, mordiéndose las palabras—. No merecía mi cariño. ¡Desleal, mezquina, miserable!

—¿Qué te pasa? ¿Qué hay? —preguntó alarmada Margarita.

—¡Qué desengaños causan las amigas, hija! Imagínate que...

No prosiguió. La razón se sobreponía a la cólera. Se limitó a pronunciar, con tono desdeñoso y lágrimas en los ojos, estas palabras:

—Nada; falsías, que es mejor olvidar.

Estrujó la carta, la arrojó a un rincón y, sacudiendo altanera la cabeza para despejar de un rizo la frente, salió diciendo:

—Voy a ver si mamá está lista.

Margarita, alelada, no podía explicarse tan repentino cambio. ¿Por qué Laura, después de ponderar tanto las buenas cualidades

de su amiga, de su hermana, como la había llamado, la insultaba ahora?

La curiosidad invencible de las mujeres la indujo a faltar a la buena educación.

Temblorosa, mirando a todos lados, recogió la bolita de papel, la estiró y leyó en uno de sus párrafos:

«Te llamará mucho la atención que nada te haya dicho hasta ahora de mis famosos flirts. Pues bien, Laura, se acabaron las tonterías. Estoy de novia. Y ¿a que no adivinas con quién...? Con Carlos Romero. Ya estoy pedida y el 1 de septiembre es el día convenido para el matrimonio. Todo ha sido muy rápido...».

LO QUE ELLOS CREEN
Y LO QUE ELLAS SON¹

* Publicado en *Del Natural*. Iquique: Imprenta Rafael Bini e Hijos, 1907.

—¡Eh! ¡Moderación...! ¡Silencio un momento! ¡¡Silencioooo!!
—gritaba Óscar, tratando de apaciguar la algarabía que se había formado en la mesa.

—¡Qué...! ¡Buenos pillos son ustedes! —exclamaba una voz femenina.

—¡Así es! ¡Muy bien dicho! ¡Que me lo pregunten a mí! —agregaba otra, revoltosa y con acento persuasivo. Y las risas, los puñetazos sobre la mesa, los aplausos, los silbidos y las carcajadas seguían sin que los esfuerzos de Óscar lograsen tranquilizar los exaltados ánimos.

Era la una de la mañana en Cavanca, durante una cena galante, con la que un grupo de jóvenes alegres proporcionaba un rato de solaz y de tregua a la agobiadora tarea comercial de los días iquiqueños.

El lugar no podía ser más a propósito para el caso: un vasto cenador rodeado de ventanas y circundado por una multitud de enredaderas y arbustitos enfermizos que levantaban, con ese esfuerzo triste de los débiles, sus ramas mustias y semi-quemadas por el aliento frío y salobre del mar, el cual, en forma de brisa, entonaba entre las hojas la canción húmeda y armoniosa de las noches de los puertos. En el centro, la mesa formaba un gran núcleo luminoso y

tibio que emanaba esa superabundancia de satisfacción y de alegría que hace a la juventud verlo todo dichoso y amable.

Óscar, que al fin había logrado imponer silencio, decía en ese instante:

—Según mi modo de pensar, compañeros, el hombre debe amar mucho a la mujer puesto que ella es el consuelo por excelencia de nuestros trabajos y sufrimientos; pero creo que más debe amarse a sí mismo, porque cuando ustedes, adorables compañeras, se ven demasiado queridas, ya no se contentan con el amor correspondido ni con los halagos del humilde siervo, sino que creen necesario para su completa dicha, hacer ostentación del dominio que ejercen sobre él...

—¡Bravo, Óscar, bravo! —interrumpió Rodríguez—. Y como consecuencia natural e irremediable viene el cruel ridículo por que nos hacen pasar. Has hablado, pues, como un... como un taumaturgo.

Entonces, Leontina, una morena fogosa de enormes ojos sensuales sombreados por el carbón y de busto mórbido e incentivo, se mezcló en la disputa, exclamando ufana:

—Desgraciadamente para ustedes, niños, todo eso no pasa de mera teoría.

Remató su frase con un gesto de orgulloso imperio y, después de apurar hasta las heces el contenido de su copa, se volvió hacia el joven literato Garcés, estampándole con sus labios todavía húmedos de champagne, un beso sonoro y efusivo como para pedirle apoyo en la discusión.

Este tomó la palabra pausadamente, mientras rellenaba las copas con el líquido bullanguero de una botella de «Cordón Rouge».

—Yo propongo, compañeros —dijo—, que bebamos esta copa por nuestras preciosas invitadas y porque dejemos a un lado, por ahora, las normas de conducta. Tomemos la vida como hasta hoy. Convéncete, Óscar, de que nada conseguirás con tus discursos, pues nadie experimenta en cabeza ajena. Todos han leído mis cuentos, los han encontrado muy bonitos y han exclamado convencidos «Es

la verdad»; pero ninguno de ellos los ha hecho corregir sus errores, y les aseguro que, mientras no sufran el dolor de sus consecuencias, no los remediarán.

—Eso equivale a decir que en las batallas se forman los buenos soldados, lo cual es muy cierto —añadió López, un teniente de caballería, disponiéndose a beber.

—Sí... salud... salud... bebamos —balbuceó cimbreado Lidia, a quien el vino había trastornado más de lo necesario.

Luego, todos bebieron, y embriagados por aquella fermentación de impudicia que se manifestaba con caricias recíprocas entre sorbo y sorbo de café, abandonaron aquel tema inadecuado para el caso y dividieron la charla en diferentes grupos.

El oficial de caballería se divertía ahora en hacer cosquillas y travesuras a Rosa, quien se vengaba de él clavándole los dedos con las puntas del tenedor. Lidia no se inmiscuía en los diálogos de los otros, y sola, en medio de una beodez rayana en la asquerosidad, mascullaba frases incoherentes, voces de un galimatías extraño, que salían de sus labios babosos y trémulos, entre eructos gaseosos de champagne. Sus grandes ojos abismados y turbios pestañeaban lentamente y seguían los movimientos de los demás con miradas de idiota que terminaban con proyectos desfallecientes de sonrisas.

Zoila, una morena de ojos verdes, prendía al poeta Román una rosa en la solapa, al par que le daba quejas por la indiferencia con que la trataba.

Al oír esto, Garcés, el literato, que se había sentado al lado del poeta, le dijo:

—Hombre: eres incomprendible. ¿No has soñado tanto con poseer a Zoila? ¿Por qué ahora la desdeñas? Tú serás siempre un descontento: soñarás siempre con lo que no tienes.

Román le respondió, acercando más su silla a la de Garcés:

—Tanta razón te encuentro que voy a recitarte una composición que hice esta noche antes de venir aquí. Escucha —y bajando la voz para que Zoila no le oyese, habló:

De rosas con suaves colores de piel
de mozas lozanas, yo tuve un jardín.
Sus pétalos frescos trasunto eran fiel
de senos do al blanco lamía el carmín.

Paseando a su vera, sentía un rumor...
que besos callados creía escuchar.
¡Oh ruido de felpas, oh aroma de amor,
con cuántos placeres me hicisteis soñar!

Soñé en ese tiempo con una mujer que,
igual en frescura, perfume y matiz,
me diera sus senos, dejándome ser
lascivo y romántico: amante feliz.

La tuve, y por ella mis rosas dejé.
¿Y entonces...? ¡Soñando la inversa viví!
Recuerdo, ilusión: por vosotros, pensé,
cantando ha vivido el poeta hasta aquí.

—Te retrata de cuerpo entero, esa composición —exclamó Garcés, mirando al poeta con cariño.

Este sonrió triste y dulcemente, y como para variar, agregó:

—¿Has notado la rima aguda?

Bastó esta pregunta para que entablaran un diálogo literario. Y siguieron...

Héctor Durán, en la cabecera de la mesa, con las cejas arqueadas, cual si tuviera que forzar sus hastiados ojos a permanecer

abiertos, y haciendo girar el puro entre los dientes, preguntaba a Carmela, su vecina:

—¿Quién es esa mujer que está al otro extremo de la mesa?

Esta se había mantenido excluida de las disputas bullangueras del resto de los comensales, y con coquetería y una viveza alegre y pueril de pajarillo, se burlaba de las protestas del enamorado Rodríguez. Era, indiscutiblemente, la más linda de las cortesanas allí reunidas. Sus cejitas no eran arqueadas, pero se quebraban tan graciosamente hacia abajo que daban un hechizo encantador a unos ojos color de acero empavonado, a la vez enigmáticos y habladores, cuyo brillo traslucía un temperamento refinado y voluptuoso; la nariz era poco fina, pero graciosa; la boquita risotera; y la tez mate con vagos reflejos azulados, a causa de la proyección luminosa que le hacía una cabellera sedaña muy negra, marco de ébano digno de encerrar aquella belleza rara, evocadora de los daguerrotipos antiguos. Y esta cabecita hechicera descansaba, mejor dicho, bailaba rítmicamente sobre un cuello largo y blanquísimo que iba ensanchándose al llegar a unos hombros caídos y redonditos, lo suficientemente frágiles y delicados para no pecar de flaqueza.

Vestía una blusa de seda gris perla con irisaciones verdosas, surcada por entredoses de encaje, ligera y vaporosa, bajo la cual titubeaban dos grandes senos erguidos que resaltaban más por la delgadez del talle, y que subían de punto la sensualidad de Rodríguez, quien la contemplaba con ojos golosos, desnudándola con la vista, cual si quisiera seguir a través de la ropa, las lasitudes y contracciones de sus finos musculitos.

—Hablemos en serio, Clarisa, que me exasperas —le dijo este de pronto—. Dime, ¿me quieres?

—Me gustas —replicó ella con su acostumbrada coquetería—; me gustas más que los otros.

—Gracias, rica, gracias. Me hacen mucho bien tus palabras porque, créeme, temía... temo aún a Héctor.

—¿Quién es Héctor?

—Héctor Durán. ¿No lo conoces...? Ese que está en la otra punta de la mesa con Carmela.

—No lo conozco. Y no veo por qué puedas temerle. No me corteja, yo no lo considero sino como a un desconocido, y, además, no veo en él nada de extraordinario que me incline a preferirlo a ti.

Y, observando al joven, prosiguió:

—Es buenmozo, realmente; pero no me interesa. No temas, tontín. Ni siquiera había reparado en él.

—Júrame que es cierto lo que me dices.

—Pero, ¿por qué?

—Porque es temible, hijita. Yo le quiero mucho como amigo; pero entre mujeres le tiemblo. Inmediatamente todas le prestan más atención que los demás.

—¿Sí?

—Sí, no sé por qué; pero así es. ¿No ves? Todas ahora se dirigen a él y él es el preferido... Parece que no supieran...

Continuó un rato así, soltando frases ambiguas, solapadas, llenas de reticencias encaminadas a hacer creer que Héctor tenía un corazón desleal, descariñado, incapaz de amar a nadie, en fin, indigno de que las mujeres lo apeteciesen; y prosiguió:

—Por eso me alegra tanto el oírte decir que no te interesa. Porque yo, Clarisa, te quiero más de lo que te figuras. Tú me das aliento para el trabajo. Cuando recibo dinero, solo pienso en que con él podré satisfacer tus caprichos, en que te compraré el sombrero que te oí celebrar, en que iremos a cenar juntos... Te adoro como a mi único bien... Por eso tengo celos de todo, hasta de tus vestidos que te acarician a toda hora.

Ella no escuchaba ya las palabras de Rodríguez. Atraída por ese no sé qué avasallador que sienten las cortesanas por los hombres muy amados, examinaba a Héctor con detención, encontrándolo, ya, más delicado, más interesante, más distinguido. Ese abandono de sí mismo, ese desinterés con que trataba a las mujeres, sin

dejar de ser galante, le agradó. Entonces, aquella mujer harta de zalamerías pensó que ese hombre preferido por todas, debía tener algo superior a la cáfila de vulgares empalagosos, de resignados, de débiles, de caprichosos estúpidos y de indulgentes tontos que, en grosero y cargante enjambre, la rodeaba a todas horas, y concluyó por trocar en repulsión, la indiferencia que hasta entonces había sentido por ellos.

Como la sobremesa se había prolongado en demasía, todos, sintiendo deseos de refrescarse del bochorno producido por el alcohol, pronto se fueron dispersando. Unos cogían ahora flores de las macetas; otros conversaban delante de las ventanas.

El poeta llamó a Clarisa, y mientras esta le escuchaba, Óscar, que se había acercado a Rodríguez, le preguntaba, sonriendo maliciosamente:

—¿Muy interesante era el coloquio?

—No dejaba de serlo. Le hablaba de Héctor... Tú sabes que es peligroso... Pero con lo que le he dicho creo que no logrará interesarla.

—¡Bueno lo habrás puesto!

—¿Y qué hacer? Cada uno está a la suya.

—Es claro. Después de todo, has hecho bien en prevenirte porque a Héctor hay que tenerle miedo.

Y siguieron charlando satisfechos, sin sospechar siquiera que, a pocos pasos de ellos, Clarisa cambiaba estas palabras con Carmela:

—Oye: preséntame a ese joven que cenaba contigo.

—¿Te ha gustado? Ven... Pero, ¿y Rodríguez?

—¡Bah! Él solo tiene la culpa.

CELOS BIENHECHORES¹

* Publicado en *Del Natural*. Iquique: Imprenta Rafael Bini e Hijos, 1907.

Ernesto había concluido de afeitarse.

Pensativo, se palpaba la barba, buscando los sitios que pudiesen haber quedado hirsutos.

De pronto, tiró la navaja sobre la mesa y se dijo, frunciendo el ceño en resuelta energía: «Sí, esto terminará hoy. La eterna ecuanimidad de Elisa me aburre, me hastía».

Y pasó al lavatorio a enjuagarse la cara con la tranquilidad casi temerosa que nos produce la resolución firme que inicia un cambio en nuestra existencia.

En la habitación todo estaba desparramado y fuera de su sitio, como consecuencia natural de ese atolondramiento de los muchachos que viven lejos de la familia, quienes, para buscar un objeto colocado siempre en diferentes partes, revuelven cuanto tienen.

Colgando de una tachuela, en la ventana del balcón, pendía el espejo que momentos antes le sirviera para afeitarse. Al lado estaba la mesa. ¡Oh! ¡La mesa...! Aquello era un dédalo lamentable: en la esquina próxima a la ventana, formaban un grupito aparte las herramientas para la barba; el resto lo ocupaban libros, escobillas para calzado, un plato con sobras de gallina fiambre, una botella de vino vacía, dos vasos, un tintero, papel, una peineta de carey y un puñado de horquillas olvidadas sin duda por alguna amiga

bohemia y, en fin, mil utensilios, formando otros mil caprichosos antagonismos en loca revolución, entre los que se destacaba la lámpara, alumbrando la estancia con la mezquina luz de la parafina. Todo allí acusaba la mano febril que lo manejaba, y a no ser por la anciana que, con paciencia admirable, devolvía el orden y el aseo cotidianamente a la pieza, el modesto menaje hubiera perecido mucho ha por el mal trato.

En mangas de camisa, con los tirantes colgando por detrás del pantalón abrochado a medias y la camisa abullonada con ese descuido del que no ha terminado su toilette, Ernesto abría un cofrecito tallado de sándalo.

Era el arca sagrada que guardaba las cartas de Elisa.

«Se las llevaré –decía–. Así verá que mi decisión es inquebrantable».

Y fue sacando esquelitas perfumadas, un mitoncito de seda blanco, el primer recuerdo, recogido una noche a la salida del teatro; luego un ramillete... otro... muchos ramilletes, de rosas todos, su flor predilecta; y todo cuanto sacaba trascendía a rosas, pues ella lo rociaba con la misma esencia.

¡Ah! ¡El perfume! No hay evocador más poderoso de memoranzas que el perfume. Más que la música y los lugares frecuentados en compañía de la mujer amada, él penetra hasta el fondo de nuestro ser, removiendo el rescoldo de las pasiones yertas.

Debido a él, Ernesto se detuvo un instante. Ningún corazón, por cruel que sea, deja de sentir una impresión de melancolía, un vago germen de nostalgia al ver próximo a desaparecer un lazo que le fue querido.

Así, Ernesto respiraba los efluvios que despedía aquel manojito de recuerdos, y con ellos, moléculas de su Muñeca, palpitanes de vida unas, balsámicas y puras otras. Recordó las dulces horas pasadas a su lado, cuando apenas hacía un mes de su conquista, cuando duraba aún el entusiasmo de su nuevo amor, cuando, sentado junto a ella, respirando el vaho de sus cabellos, sentía un vahído de

voráGINE que lo arrastraba, y, mareado, loco, se arrodillaba a sus pies y cubría de besos sus manos blancas y exangües como tiernos lirios. Más, después, los días en que por su temperamento morboso y voluble empezó a sentir el aterrador hastío, volvieron a su imaginación, y los sentimientos nostálgicos desaparecieron.

No; ya no le importaba la falta de su cariño... Además, otra se encargaría de entretenerlo mientras desaparecía lo que él llamaba escrúpulos tontos.

Dotado de una belleza enfermiza y débil como su carácter, pero muy encantadora para las mujeres, había gozado de innumerables seducciones y amoríos que lo tornaron veleidoso hasta el extremo de bendecir su volubilidad y considerarla como su mejor condición, pensando con el filósofo que no odiar ni amar constituye la mitad del saber humano.

De tal suerte, un amorcillo trivial e insignificante le consolaba del vacío que otro le dejaba, y su frivolidad fue de este modo aumentando insensiblemente. Un día abandonó antes de su fin una conquista, de solo verla venir sin luchar, con la sumisión fatal que su físico le producía. Solo le entusiasmaban las mujeres que se le resistían heroicamente, contagiándole algo de su firmeza y despertando en él las energías dormidas.

Una de estas, quizás la más fuerte, fue Elisa, y por lo mismo la que más le había interesado. Empero, al cabo de un par de meses, su amor fue debilitándose, y hoy ya casi se extinguía. De nuevo, pues, las ansias desesperadas de luchar, de vencer obstáculos, de anhelar lo que no tenía, se apoderaban de aquel infeliz que no sabía lo que deseaba y que pasaba ciego al lado de la verdadera dicha.

«Todo terminará hoy», volvió a decirse. Ató las cartas con una cinta y un suspiro nervioso, mezcla de indecisión y curiosidad, se escapó de su pecho. «¿Qué diría ella al recibir la noticia?», pensó enseguida. Con seguridad que iba a llorar. Ya la veía entristecerse, entregarse a dolorosas lamentaciones, decirle que los que desconocen el dolor son insensibles a él... ¡Qué fastidio...! Si al menos

cometiese alguna falta, si descubriese alguna leve infidelidad... ¡Bah! La cuestión era empezar, y después... después los acontecimientos se encargarían del fin. Al poco rato estaba ya vestido. Era la una y media: la hora de ir. Apagó la luz y salió.

Se sentía libre. Volvería a su círculo bohemio; recorrería las calles en las horas avanzadas de la noche, y entre las casas de cena, los pasatiempos *non sanctos* y su casa, mataría deliciosamente las interminables noches, en compañía de traviatas, de horizontales perfumadas de ojos tiznados y cabellos teñidos de rubio metálico, gozando del amor por horas con sus desenfundadas borrascas de lujuria. Volverían a desfilar por su casita, dejando otra vez peinetas y horquillas olvidadas sobre su mesa, Sara, Ana, Laura, Rosa, aturdiéndolo con sus carcajadas alegres y sonoras como el gluc-gluc de la botella de champaña y con sus besos bulliciosos como el burbujeo de la espuma del gran inspirador de la alegría.

Su vida anterior pasó por su memoria, reconquistándolo con sus oropeles y su atrayente vocinglería de fiestas y de voluptuosidad. La sangre corría ya por sus venas con más fuego y se agolpaba a sus mejillas, arrebolándolas e incendiando sus ojos con lujurioso brillo; su boca se entreabría y sus labios gruesos, ardientes y secos palpitaban con estremecimientos lascivos. Sentía sed de besos voraces, ganas de morder: la carne, en sus mil aspectos incentivos y bestiales, obsesionaba sus pensamientos. ¡Eso era la vida!, que se le presentaba como un día de verano, resplandeciente y sin crepúsculo, con sus objetos bañados de sol, emanando calor, regocijo y fuerza. Y terminó diciéndose: «¡Aceptemos lo que nos halaga y riamos de lo demás!».

Como visiones brillantes, destilaron entonces ante su vista, en confusa fantasmagoría, sus orgías pasadas. Se acordó de Violeta, de la loca que buscaba hombres muy vividos, que la seducían con sus intrincadas aventuras. Era el prototipo de las heteras aturridas, que se enamoran de los hombres por la reputación de seductores que tienen. ¡Cuántas veces él le había relatado irrealizadas,

pero bien urdidas aventuras, llenas de atrevimientos temerarios, de mujeres que se levantaban del lecho en que el marido dormía para ir a entregársele sobre un sofá, en medio de una voluptuosidad delirante, como la de las cortesanas sagradas en el didascalión de Afrodita, logrando, así, hacerse su amante predilecto!

Mas, como todos los sueños, cuando llegan al máximun de su locura, este también hubo de derrumbarse. Y despertó, sintiendo estrujadas entre sus dedos, hasta ponerse compactas como un pelmazo, las cartas de su Muñeca.

Entonces, una voz que él no oía, pero que le gritaba desde lo más hondo «Te equivocas, te equivocas», le tornó a pensar en ella, en la querida sentimental que lo recibía en su alcobita casi mística, melancólica, llena de adornos tenuemente coloreados que palidecían más y más a la diáfana y mortecina luz de su lamparita celeste, y en el ambiente misterioso que allí lo embriagaba en un sopor balsámico, muy dulce, muy dulce...

Muy dulce era todo eso, sí; pero muy monótono también, y la monotonía era su mayor martirio. Era, pues, indispensable. Ya estaba resuelto: rompería sus relaciones. Así, más tarde, el sentimiento de supremo bienestar de esos amores no desaparecería en el arcano archivo de sus recuerdos, nublado por el tedio mortal del aburrimiento.

Sin darse cuenta, había llegado muy cerca de la casa de Elisa. Ya la fachada se distinguía bien... «Pero, qué raro... la puerta estaba cerrada... ¿Se le habría ocurrido al vejete de don Ruperto quedarse en casa de su querida...? Esto no era posible: su esposa y sus hijas le impedían pasar la noche fuera de su casa. Sin embargo, hasta la una podía disculparse con el club; pero pasada esa hora...».

Esta idea lo mortificaba sobremanera, no obstante considerar justo que don Ruperto, el amante oficial, el que la mantenía, se quedase en su casa la noche que le pluguiese.

Todo esto pensaba el infeliz muchacho a diez pasos de la puerta de Elisa, y cuando hubo llegado a este punto de sus meditaciones,

vio aparecer, por la esquina próxima, a su querida acompañada de un joven.

No cabía duda, era un joven; bien se diferenciaba del obeso don Ruperto para poderle confundir.

Se ocultó en la portada de la casa vecina y observó... Abrían la puerta... Entraban luego los dos... «Mejor, se dijo: ya tengo el motivo para el rompimiento». Mas los celos empezaron por darle pellizcos y fueron creciendo hasta morderlo rabiosamente.

Entraría. Conocida como le era la distribución de la casa, podría esconderse y observar lo que pasaba.

Presa de febril excitación, lo hizo. La puerta estaba abierta. Penetró en el vestíbulo. Allí, entre la bastonera tallada y la maceta con su frondosa palmera, quedó muy bien. Los veía... Estaban en el salón. Elisa, sentada en un diván, con el abrigo descolgado sobre la espalda y sujeto solo por los colgantes de gasa en los ángulos de los codos, escuchaba a Enrique —a Enrique, el sobrino de don Ruperto, que estaba, vuelto de espaldas, en una butaca frente a ella—. Muñeca le oía con seriedad e indiferencia; pero en su semblante se reflejaba ese halago del amor propio, esa vanidad que las mujeres no pueden evitar cuando se les habla de sus encantos por hostil que sea su estado de ánimo.

No alcanzaba a oír las palabras del joven, mas de fijo eran de amor. El rostro de Elisa bien lo expresaba. A ratos, seria, respondía con negativas manifiestas en sus ademanes y en la expresión de reproche de sus gestos. Probablemente, increpaba la conducta de aquel sobrino que traicionaba a su tío. Empero, Ernesto leía en sus ojos el efecto lisonjero de las galanterías, y esto agotaba su paciencia. Se hubiera abalanzado sobre el galán, si su situación de amante clandestino no le hubiera aconsejado la prudencia. «¡Qué martirio! ¿De qué hablarían? ¿Terminaría por seducirla...? Bien podía suceder... Enrique era apuesto, elegante».

Una congoja íntima de humillación, de celos atroces, de una turbación nunca sentida se apoderó de aquel corazón enfermo que se creía infranqueable a las grandes pasiones.

En su escondite, Ernesto temblaba ante la posibilidad de que el infiel sobrino le arrebatara el cariño de Elisa. Lo veía con esa alucinación hiperbólica con que reviste el miedo al ser temido. Su frente alta, su cabellera abundosa y rizada, su bigote insolente y su cuello vigoroso, se le antojaban irresistibles. Le veía como un tipo adorable de belleza masculina, lleno de juventud, de robustez, plétórico de vida y de salud, cual si fuera descendiente de Higia, mientras que su belleza delicada que a tantas mujeres había rendido, le parecía decrepita y paupérrima.

Temía de todo. «Su frialdad para con ella en los últimos tiempos, ¿podría haber disminuido su amor e influir ahora en beneficio de Enrique? ¿No podría haberse aburrido ella también...? ¿También? —esta palabra le chocó—. ¡Cómo! ¿Estaba él realmente aburrido de ella...? ¡Ah...! Ya no sabía ni qué sentimientos abrigaba...».

Todas estas ideas bullían dentro de su cerebro en una masa confusa que subía de punto su violenta excitación hasta hacerle soltar apagados e incontenibles «¡Ahs!» de desesperación y de vehemencia por encontrarse al fin frente a ella y a solas para que le explicase lo que sucedía.

Y de nuevo se encontró con el lío de las cartas apachurrado entre sus dedos febriles. Lo estiró. Las flores secas crujían dentro estropeadas por los apretones. Al pensar en que, hacía un momento, había mirado todo aquello como un puñado de nimiedades despreciables, se sintió cruelmente humillado, y con vergüenza de sí mismo, mirando a otra parte, lo metió en su bolsillo.

Su vista tropezó entonces con la bastonera tallada, en la que un busto del dios Momo, con su sonrisa sarcástica, parecía burlarse de su miopía de entendimiento, cual si quisiera decirle que había necesitado que otro apreciase el tesoro de que era poseedor para aquilatar sus inefables encantos, y un sudor frío humedeció su

cuerpo, crispando su piel en extraño orgasmo. Por último, como si no bastase con esto para castigar sus ligerezas, en el salón, Enrique colocaba un cuaderno en el piano. Era el álbum de los poéticos músicos alemanes. Elisa se negaba; él suplicaba, exigía... Luego, ella cedió, mirando antes por la ventana a la calle, sin duda para ver si Ernesto estaba esperando.

«Teme que yo llegue de un momento a otro y le reproche esta demora», pensó Ernesto. Y a pesar de que Elisa daba gusto a Enrique, le reanimó la idea de que pensaba en él.

Ahora, Muñeca se sentaba al piano... Ya empezaba a tocar.

Los primeros compases del «Adiós» de Beethoven, de aquella despedida triste y gemebunda tan admirablemente interpretada por el maestro bonense, surgían del piano como quejas brumosas que recordaban los grises inviernos alemanes, laxando los nervios de Ernesto, al llegar a sus oídos, y estremeciéndolo con su rítmica amargura. Su imaginación sensible lo hacía presa de la misma angustia de la melodía, como si fuese él quien se despidiera, conmoviéndolo tanto que las lágrimas preñaron sus ojos. Y lloró... lloró todo el tiempo que su Muñeca tocaba...

Los últimos acordes sonaron, y Ernesto figuraba alejándose de la casa, transido de pena.

Y pensar que poco antes estuvo cansado de lo que él llamaba lamentable monotonía; que había sublimizado la fuerza de la carne y la grosería del vicio, menospreciando la poesía de un alma encantadora y verdaderamente artística y original... ¡No era posible, no; no la abandonaría!

Elisa pasaba ya el sombrero y el bastón a Enrique, y lo despedía, inquieta y presurosa.

Al fin se fue este, y el afligido Ernesto pudo pasar al salón al encuentro de su Muñeca nuevamente idolatrada.

—¿Qué significa esto, señorita; dónde estuvo usted? —le preguntó, entre cariñoso y reprensivo.

—¡Ay, hijo! Bien a pesar mío, por cierto; pero no pude esquivarme. Verás. Era el cumpleaños de Ruperto, y con este motivo se le metió entre ceja y ceja que habíamos de cenar juntos. Fuimos a Cavancha, donde nos esperaba su sobrino disponiendo la cena. Comimos a prisa. Yo apurándolos, como tú comprenderás, para no hacerte esperar. Después me vine con Enrique porque, como era tarde, Ruperto se fue directamente a su casa.

Luego, aquella muchacha delicada y medrosa, acariciando a su amante los cabellos con una mano y atusándole el bigote con la otra, continuó con mimos y mohines de chicuela:

—¿Mucho te aburrías, papacho mío? Ven, ven con tu Muñeca a la azotea un rato. La noche está deliciosa y bien necesito de tus caricias después de tanta farsa.

—Sí, vamos —asintió Ernesto, enternecido—. A una fruta exquisita como tú debe aspirársele primero el aroma para saborearla después con más fruición.

—¡Caramba! ¡Qué galante vienes hoy! —respondió ella, en tono feliz y admirativo.

Y lenta, rítmicamente, dejándose coger por el talle, fue a sentarse con Ernesto en un sofacito de junco de la azotea.

Allí, recostada en su brazo, la cabeza echada atrás y los ojos entornados, se le presentaba a Ernesto más adorable que nunca. La luna cubría su rostro de una palidez celeste y agrandaba sus ojos con una sombra azul oscuro que le daba un aire insólito de beldad mística.

Ernesto se acercó más a ella, contagiado por aquel goce sublime, tanto que las gasas de su cuello y los ricillos que el viento batía le rozaban la piel como suaves caricias.

Las casas vecinas se destacaban en la sombra como grandes manchones negros; algunas de ellas, iluminadas en su interior, exteriorizaban el ambiente sibarítico en que vivían sus moradores. En el cielo, las estrellas, apenas perceptibles por la claridad de la noche, parecían decirle que ellas solo brillaban con todo su

esplendor en los momentos lúgubres de oscuridad; las nubes, cual inmensos borrones compactos, lo obligaban con su contraste a admirar la pureza de aquel cielo diáfano. El mar, rugiendo allá lejos, le inducía a apreciar el religioso silencio de la noche; y las olas, con sus terribles estampidos, le decían que, para comprender la dulzura de la bonanza, era necesario experimentar sus furiosos choques. En fin, todo en aquella noche contribuía a presentarle desnuda su felicidad. La Naturaleza le abría los ojos, presentándole sus grandiosos contrastes y gritándole, con la voz profunda de sus elementos, que la dicha de que disfrutaba no se le presentaría muchas veces en la vida.

Y él pensaba: «¿Será cierto que el placer real del amor está en el sufrimiento...? Por lo menos, el dolor nos obliga sabiamente a reconocer las delicias de él. Es como un marco oscuro que realza su radiante colorido». Y se increpaba mentalmente, por haber sido tan ciego.

—Elisa, Muñeca —le dijo en tono muy quedo—. ¿Me amas siempre?

—¡Con toda el ama!

—¿No quieres que conversemos de nuestro amor, de este amor sin límites que siento crecer momento por momento en mi pecho?

—¡Oh! Me haces muy feliz, Ernesto; pero mejor estamos así: las grandes alegrías se demuestran con frenético y bullicioso regocijo; mas el inefable embeleso del alma se manifiesta mejor con el silencio que es su elocuencia.

Y lo concluyó de fascinar con una mirada tan deliciosamente enamorada que un escalofrío apenas sensible recorrió su cuerpo. Sus grandes pupilas oscuras, que los rayos lunares constelaban de irisaciones azulejas, seguían fijas en él, como diciéndole: «No hablemos. Hay momentos en los cuales el ruido de las palabras y el esfuerzo imaginativo disminuyen la quietud infinita que anhelamos para entonar con el espíritu un salmo sagrado al amor».

Entonces, Ernesto, llorando de ventura, se fue acercando más aún, muy suavemente, y poseído de una sensación casi divina que difundía en él un bienestar lánguido, hundió el rostro en la cabellera de su Muñeca y le pareció recibir de ella una interminable caricia, prólogo de un perpetuo idilio, aurora de una nueva vida superior a cuantas pudiera haber soñado.

¡POBRE FEO!¹

* Publicado en *El niño que enloqueció de amor*. Santiago: Heraclio Fernández Impresor, 1915.

Tierna, lectora:

Estos fragmentos son auténticos. Pertenecen a una serie de cartas escritas por dos primas mías que con su madre viven en Valparaíso, en una casa de pensión. Apenas si he tenido que corregir las de mi primita Luisa, cuya instrucción aún no basta para ofreceros lectura fácil, respetuosa de vuestra gramática y de vuestro buen gusto. Si sois frívola, superficial, indolente, no las leáis, que casi nada os dirán —o leedlas solo para reír con la inconsciente crueldad de la pequeña Luisa—, pero si merecéis el adjetivo que os doy en el tratamiento, si tenéis un corazón abierto al dolor y a la ternura, las cartas de mis primas, en medio de su comicidad terrible, no os permitirán reiros sin que la risa, después de florecer en vuestros labios, caiga como un clavel dolorido, en ofrenda piadosa para aquellos a quienes un designio incomprensible de la Naturaleza parece haber condenado a retorcerse los brazos en la soledad.

Como mi prima Isabel, acaso también vos hayáis encontrado en vuestro camino un José. Son muchos los que por ser muy feos, muy tímidos y muy débiles, se consumen en su sed infinita de ternura, en su hambre de amor que nunca una bella saciará, sufriendo la crueldad suprema del vientre monstruoso que los concibió débiles y desarmados ante la Mujer y ante la Vida.

DE ISABEL

...Sé a quién te refieres, a quién se ha referido Luisita en la postal que te ha escrito. Eso es un absurdo. Es verdad que... (me da vergüenza decírtelo) ...es verdad que el señor ese demuestra más que simpatía por mí; pero... yo no tengo la culpa, yo jamás le... ¡Bah, protesto de la infamia, eso es: no necesito explicarme, defenderme; protesto, simplemente!

Y no te rías. Estoy enojada de veras. Si conocieras al tipo, me darías la razón. Siento no tener un retrato suyo, para que lo conozcas y comprendas mi rabia. Voy a procurar hacértelo. Es de una fealdad que desconcierta. Figúrate un muchacho muy largo, muy largo y con esa flacura del adolescente que ha dado un estirón después de unas fiebres. Tiene la frente acartonada; estúpida; las mejillas, como cuevas al pie de dos pómulos que son dos juanetes. Las pestañas —¡qué horror!— son plumizas, y sobre su piel, plumiza también, parece que se desmayan los labios blancos, arrugados, fofos...

¿Quién sería capaz de darle un beso...?

DE ISABEL

...¿De veras te interesa el personaje? Lo que no consiento es que me digas «dame cuenta detallada de tus amores con él». No me molestes. Bien está que como literato te intereses por esta clase de tipos, son muy curiosos; pero no me ofendas, déjate de picardías con tu prima...

Apareció José —así se llama—, el domingo último. La dueña de la pensión nos lo presentó a la hora del almuerzo. Ya después del primer plato, tenían todos deseos de aludir al «nuevo». Aurelio, un pensionista muy burlón y muy divertido, fue quien rompió el fuego. «Usted es bien alto», le dijo. José, sonrojado, trinchó el

beafsteak y tuvo la ingenuidad de responder, manso y todo confundido: «Desde niño prometía yo ser muy alto». «Y ha cumplido usted su palabra», le contestó Aurelio.

Con esto, ya te imaginarás: risas en las galerías. Luego vino un silencio. Todos nos mirábamos, conteniendo la risa; y él, más encarnizado con su *beafsteak*.

Pero nos había quedado gana de reír y recurrimos a decir chistes. Chistes sobre los sirvientes, chistes sobre los guisos que nos da misia Loreto, chistes sobre todo y a propósito de todo. ¡Y qué desabridos...! ¡Y cómo nos reíamos, sin embargo! Él también se reía; y nosotros, al verlo tan inocente, ¡más risa!

No era para menos. ¡Infeliz!

Después de almorzar —tú sabes cómo se murmura en las casas de pensión los domingos después de almorzar— discutimos el nombre que le pondríamos al «nuevo». Que «camello», que «escalera de boticario», que «bambú», que «escape de gas»... Decidimos ponerle «bambú», por ser de Aurelio la ocurrencia, del ocurrente de la casa. «Bambú» da idea de su altura escandalosa y de su terrible delgadez, cierto; pero él es descoyuntado, lacio. Parece más bien una tripa, por su color de grasa, por su cuello elástico que se alarga y se encoge. Tiene también una manzana de Adán como una rodilla de Don Quijote y, además, es de un aire huraño, ensimismado, tristón.

No sé, no estoy conforme con el apodo. Pero se lo puso el payaso de la casa. ¡Qué rabia! ¿Por qué será, primo, que cuando una persona con fama de graciosa dice algo, aunque ese algo le resulte desabrido, todos se lo celebran...?

DE ISABEL

...Sí, primo; sí, curioso; me hace el amor. Precisamente por eso no te he escrito estos días. Estoy irritada, furiosa; no quisiera oír

hablar de él. A no ser porque te he prometido contarte... En fin, ¿qué te diré...? ¡Que me carga! No me dice nada, no. Es muy tímido, parece de esos seres solitarios que se sienten mal en sociedad. (¡Y tiene razón!) Pero me mira, me mira, me mira, con ojos de perro humilde que implora de su amo una piltrafa. Es desesperante. Yo debo de ponerle cara de hiena; porque se va, entonces, con un gesto de tristeza profunda, con los enormes brazos colgantes, más feo que nunca. ¡Imbécil, camello, qué se habrá figurado!

No estoy de humor, no te digo más hoy...

DE LUISITA

...Yo te escribo porque Isabel no quiere escribirte hoy tampoco. ¿Será tonta? Está furiosa con lo de Bambú. En lugar de hacerle caso, para reírnos un poco... Pero yo te escribo, porque se me figura que de esto vas a sacar tú alguna novela... Ya tengo mucha confianza con él; hemos peleado y todo. Anoche me contó un pensionista que una vez le dieron a Bambú con la puerta en las narices y que, con el golpe, la nariz, como es tan puntiaguda, se le quedó clavada en la puerta. Yo le pregunté a él si era verdad esto, y se enojó conmigo. Pero al poco rato nos pusimos bien, porque yo le estuve contando a qué paseos va siempre la Chabelita y qué dulces le gustan más. Entonces me llevó a su cuarto y me regaló una docena de postales preciosas. No tiene un santo en las paredes, ni siquiera un corazón de Jesús, que lo tienen hasta las puertas de calle. Qué raro, ¿no? ¿Será masón? A la cabecera de la cama tiene un retrato de su mamá en un marco antiguo de esos que dan miedo. Igual, pero lo que se llama igual a él era la vieja. ¡Pobre! No quiero burlarme de ella; no se juega con los muertos...

DE ISABEL

...Tienes que reprender a Luisita. A costa de ese infeliz, está dando espectáculos que serán todo lo cómicos que se quiera, pero algo tristes, muy desagradables. Anoche me dio mucha lástima lo que pasó. El pobre Bambú, que ha adoptado una jovialidad melancólica delante de mí, aventuró no sé qué galanteos y no sé qué preguntas, como tratando de saber cuál era mi ideal de hombre. Luisita, indignada, la muy pícara, le dijo: «¡Es usted capaz de creerse buenmozo!».

Jamás, jamás se ha figurado él tal cosa; yo te lo aseguro: ve que a cada instante tropieza la frente contra las lámparas; sabe que sus orejas atortilladas sobre el cráneo, y con puntas, como si se las hubieran pellizcado al nacer, son indecentes; reconoce que su garganta de tripa enrollada se asoma como el badajo de una campana por el cuello de la camisa —porque usa unos cuellos... para sacarlos abrochados y con camisa y todo por encima de la cabeza—; no ignora, en fin, que ni sus escuálidos brazos que moldean los codos en las mangas, ni sus pies enormes y planos, ni sus inverosímiles canillas son prendas de belleza.

Pero volvamos al relato.

«Mírese al espejo», agregó Luisita. Humillado, mudo, se desplegó él de su asiento, como algo dobladizo, y se fue... Al pasar frente al espejo, se miró a hurtadillas, rápidamente. Yo vi también su imagen reflejada: aquel talle de niño, aquellas piernas sin fin; una albóndiga montada en un compás. ¡Qué crueldad de la Naturaleza!

«¿Han visto? —dijo Luisita—. Tiene la facha de un reo, una cabeza de asesino, con ese pelo cortado a lo perro».

Debes reprender a esta chiquilla. Así como es capaz de hacer comparaciones, es capaz de comprender lo que hace. A mamá ya no le obedece...

DE LUISITA

...Tú creerás, primo, que un tipo tan flaco ha de comer muy poco. Te equivocas. Deja los platos limpios. ¡Qué apetito tan extraordinario! Si casi suspira más por la comida que por la Chabelita... Ah, y hemos sabido que al infeliz le estorba su largura hasta en la peluquería. Dice Aurelio que hoy lo vio cuando le estaban cortando el pelo y que el peluquero, para poder alcanzarle a la cabeza, lo había tenido que sentar en el suelo.

¡Y no quieren que me ría...!

DE ISABEL

...He tenido que reírme por fuerza. Luisita le ha dicho que me gusta mucho el piano. Sabe tocar y —cosa rara— él, tan pavo, tan lánguido, lo toca todo con un airecito jovial, todo rápido, picadito, coquetón, como salpicando apenas los dedos (¡sus dedos!) sobre las teclas...

...No dejes de reprender a Luisita. Se ha propuesto desesperarme. Le da cuenta de todos mis gustos y aficiones, y ahora tengo al muy... «bambú» amoldándose a mi horma.

Y lo peor es que los pensionistas me crucifican a bromas, por mi poder seductor (!)...

DE LUISITA

...Ya lo domino. Vieras tú cómo lo manejo. «José, desdóblese». Y él se eleva de su asiento, como si fuera una de esas tiras con vistas de ciudades. «Pliéguese». Y él se vuelve a sentar. No se molesta;

se ríe. No le queda más remedio. Si está mal conmigo, no sabe el parecer de la Chabelita sobre sus tonterías...

DE ISABEL

...Había dejado de escribirte por no considerar de importancia los acontecimientos. Pero se han ido sucediendo unos tras otros y han formado, por su cantidad, un conjunto considerable, alarmante, digno de que te lo cuente.

Te he dicho alarmante y es verdad. Créeme, por momentos tengo miedo. Ese hombre me va pareciendo capaz de todo. Lo soporta todo por mí. ¡Qué tenacidad! ¿Cómo es posible sufrir tanta insolencia de Luisita, tanta indirecta de los pensionistas y perseverar en un propósito que yo de mil maneras le manifiesto ser descabellado? Sí, primo, te lo juro, estoy alarmada. Me obsequia cuanto considera de mi gusto. Ayer me trajo castañas en almíbar; el sábado, una mata de crisantemos. Y he tenido que recibirle los regalos: ante las sátiras de los demás, se me hizo duro desairarlo. El caso es que me tiene loca. Ya te he contado que toca el piano y que lo toca muy a menudo ahora, por saber que a mí me gusta la música. Pues hasta en esto, por agradarme, me produce más alejamiento. Imagínate: al preguntarme qué deseo escuchar, me entona las melodías... ¡y con esa voz de fuelle, insonora, que sale de su boca lívida con expresión de fatiga! Es terrible, me causa malestar. Otra: lo encuentro en todos los paseos, muy enflorado, muy elegante. (Eso sí, nunca se ha vestido mal, aunque nada le sienta, al pobre.) Y siempre asediándome y cargándome... o haciéndome sufrir con la compasión que me causa. Ahora se empolva, se afeita diariamente, se hace *toilette*. ¡Infeliz! ¿Puede una imaginar un espíritu simpático, un espíritu de coquetería en la vaina de un sable? Ya no se muestra con aquel continente lánguido y melancólico; se ha hecho locuaz, alegre. Y no sé de dónde ha sacado un inmenso repertorio de refranes y proverbios: «Él ha decidido

radicarse en Valparaíso porque ha vagado ya mucho y piedra que rueda no cría musgo \ porque ha de ir pensando en el porvenir, en formar un hogar (!) ¿Lo alcanzará? La gota de agua orada la piedra...». A veces, oyéndole, no puedo contener la risa. Lo advierte y ¡otro refrán! «Quien a solas se ríe, de sus maldades se acuerda. ¿Por qué siente usted tan poca simpatía por mí, Chabelita?».

Cuando me preguntó esto último, estaba Luisita presente y, con su inconsciente crueldad de niña, le respondió por mí. «Por su nariz, José». «Por mi nariz. ¿Y qué tiene mi nariz?». «¿Su nariz? Nada. Usted tiene la misma nariz de su madre...». ¡Figúrate! Creí que Luisita se había ganado una cachetada. Lo merecía. Es terrible, diabólica, la criatura. Sin embargo, él calló, limitándose a mirarme, como para decirme: por usted lo tolero todo. Pero poco después se fue, para no salir en todo el día de su habitación.

Y las crueldades de la muy pícara de Luisita no tienen fin. Cada día son mayores. Ahora, por lo visto, no nacen de un mero deseo de reír; sino de un odio a muerte por el infeliz Bambú, quien la ofende con el solo delito de quererme. En otra ocasión le dijo: «Cálllese, horroroso. A usted le debían haber torcido el pescuezo en cuanto nació, porque no hay derecho a ser tan feo».

¿Y qué te figuras que hizo él ante semejante grosería? Se quedó pensativo un momento, como apreciando el fondo de verdad dolorosa que pudieran tener estas palabras, y al fin murmuró, con una sinceridad de partir el alma: «¡Cierto!».

¿Ves? Todo esto será cómico, pero muy desagradable.

Y de los pensionistas ¡para qué hablar! Valiéndose de Luisita, lo agobian a burlas. Aurelio le ha compuesto unos versos. Luisita suele declamarlos por las noches en el salón. Cuentan estos versos que Bambú, el que

«en cuclillas parece una langosta
y de pie puede dar besos al sol...»,

no cabe en la cama, pero que su ingenio ha remediado el defecto. Coloca tras el catre dos sillas, de suerte que sacando por entre los barrotes sus «luengas tibias» —así dice el verso—, las coloca encima de los suplementos, previamente enfundadas en unos pantalones viejos, y logra así estirarse y dormir cuan largo es. Luego viene otra estrofa contando que el cuerpo de Bambú se eleva tanto de la tierra, que logra sentir el calor de la luna. Y la última estrofa dice que una noche de espantoso frío, Bambú no consigue hacer entrar en calor sus pies. ¿Qué hace, entonces? Se levanta de la cama, se cala cuanto abrigo halla en su ropero y, subiéndose al tejado, se acuesta sobre las tejas, levanta las piernas y ¡oh prodigio! sus pies, junto a la luna, reciben la tibieza tan buscada. Como ves, ya esto pasa de castaño oscuro. ¡Y no se va de la casa! ¿Tendré razón para estar alarmada?

Pero, antes de terminar, voy a contarte lo que ocurrió anoche. Ya esto es triste de veras. Estábamos en el *skating ring* y nos aprontábamos para patinar, cuando en esto se me acerca Luisita y me dice: «Míralo agachado y dime si no es verdad que parece una langosta, como dicen los versos». Miro, riéndome, y veo a José probándose unos patines en un rincón, y tan grotesco, tan ridículo, que aparté la vista de él. Presentí otra escena de burlas y me dolió ya formar entre los que le humillan y le hieren y le envenenan la existencia. Sentí una gran piedad por él y, ¿creerás?, tuve una secreta alegría: entre tanta gente, dije, pasará inadvertido y patinará, y se olvidarán estos demonios de él, y se divertirá un buen rato y... y yo patinaré con él. ¿Por qué no? ¡Pobre! Pero cuando ya todos estábamos listos, lo veo frente a mí, embobado, contemplándome... y sin patines. «¿No va usted a patinar?», le pregunté. «No, no me gusta; la veré patinar a usted, Chabelita». No sé si me equivoqué; pero creí hallar en su expresión una tristeza profunda, algo así como el reconocimiento de que no eran para él los goces de nosotros, de que viéndose incapacitado por sus defectos físicos para asociarse a nuestras diversiones, prefería colocarse al margen para

no desentonar en nuestra comparsa, para no arrancar una vez más «las risas de las galerías». Mientras tanto, Luisita se había acercado a nosotros y, con su odio exagerado al pobre Bambú, se entregaba a su diabólico placer de hacer sufrir al infeliz. «Bah –dijo–, no quiere porque no puede. Se ha probado los patines más grandes y le han quedado chicos». Una sonrisa, como siempre, una sonrisa fue la respuesta del buen José. Y qué amarga, qué humillada, qué triste. Luego se apartó, en silencio, como si temiese que siguiendo en nuestro grupo sobreviniese el atroz regocijo de los demás, las risas envenenadoras, el cambio de miradas, y él prefiriese guardar su papel pasivo ante aquella multitud hostilmente alegre, agresivamente hermosa que, con solo ponerse frente a él, le picoteaba.

Toda la noche sufrí por él. Lo sentía deprimido, perseguido en sus expansiones, emponzoñado en sus sueños de felicidad... Y no pude divertirme. ¿Por qué no se irá de nuestra pensión? Le sería fácil olvidarme. Hay tantas de mal gusto. Pero, también, estos demonios de la pensión no pueden reunirse jamás sin elegir una persona para blanco de sus burlas u objeto de su diversión. ¡Qué brutos! Me da una rabia...

Me han dado las doce de la noche escribiéndote. Como esta carta, por lo difícil, me obligó a hacer borrador... Y lo peor es que me ha hecho llorar. En fin, hasta mañana o pasado, si es que ocurre algo digno de mención. No te olvides de reprender a Luisita; ya ves que lo merece...

DE LUISITA

...¡Ay, primito de mi alma! ¿Cómo quieres que no me ría? ¿Cree-rás que porque el domingo le dije que nada le fastidiaba tanto a la Chabelita como los hombres tragones, nada más que por esto, ahora apenas toca los platos? Sí, es muy bruto, muy bruto. No le tengas lástima y no te molestes conmigo...

DE ISABEL

...A Luisita no se le puede soportar ya. Ahora, no conforme con burlarse del desdichado José, le insulta, le ofende, le saca a cuento la fealdad de su madre, hasta le da de puntapiés. Anoche tuvo el descaro de recitarle los versos que le compuso Aurelio. José, furioso, quiso averiguar quién los había escrito y hubo una escena tremenda, de resultas de la cual dicen que el pobre joven amaneció enfermo. Hoy no ha salido de su cuarto.

Con un disgusto así, figúrate...

DE LUISITA

...Mamá me ha pegado por culpa de ese animal, que ya lleva dos días haciéndose el enfermo para que me castiguen. Como la Isabel está de su parte... Hipócrita, coqueta. Después que se ríe de él, se la lleva mandando preguntar por la salud de José. José, José... De repente le dirá Pepito. Bien dicen que las mujeres son unas farsantes. ¡Gracias a Dios que todavía no soy mujer! ¡Ah!, pero me han de pagar todas las que me están haciendo. ¡Bonita cosa, pegarle a una por la estupidez de un extraño...!

DE ISABEL

...Las cosas van muy mal, mi querido primo. Francamente, no sé a dónde irán a parar. Me había limitado estos días a mandar preguntar por él: simple cortesía para con un enfermo de la casa. Pero esta mañana me contó la sirvienta que el pobre, aunque dice que está enfermo, no se ha metido en la cama desde la noche del disgusto. Me inquietó de tal modo la noticia que, ya en la tarde, rogué a un pensionista que fuese a verlo y a enterarse de lo que realmente

pasaba. Yo, como había pasado todo el día con la preocupación, estaba nerviosísima y fui a escuchar junto a la puerta. No podría repetirte cuanto escuché. Por suerte, como casi todo me lo repitió después mi emisario y como me ha interesado tanto, creo poder coordinarlo y escribírtelo. Haré la prueba. No importa que mañana me hagas bromas diciéndome, como la vez pasada, que me estoy haciendo literata. En ese caso, con el roce... «Quisiera poder eternizar estos días —dijo al saberme interesada por su dolor—, poder continuar así toda mi vida, en este cuarto, enfermo de mi pena, para seguir recibiendo estos recados de ella, los únicos de este género en mi vida, ya que no puedo pensar en otra dicha mayor. ¿Las bromas de ustedes y de Luisita? No me encolerizaron nunca. Tan solo me mostraban cada vez más claro el abismo que hay entre ella y yo. Este era el único aspecto interesante de las cosas para mí. Sin embargo, no desesperaba; exploraba constantemente dentro de mí, cambiaba de actitudes, ensayaba nuevos modos de ser, esperando encontrarme alguna cualidad, algún aspecto que tal vez yo mismo ignorase tener y que, marcándome una nueva norma de conducta, me acercase a ella. ¡Sueños! Cada vez me le hacía menos simpático. Ahora lo veo.

»Me falseaba y valía menos aún. Era la esperanza lo que me impulsaba, era esta esperanza absurda de los muy desgraciados que creemos aún en lo imprevisto, en la magia... y forjamos sobre ello cada torre, cada monumento... que al fin solo sirven para caernos encima y aplastarnos...

»No, no es el disgusto con ustedes la causa de mi estado actual; es que aquella noche, desvelado, pensé mucho y medí en su verdadero valor la realidad. No le guardo rencor a nadie. Si esto me ha pasado siempre, desde el colegio. A mí no me han querido nunca, ni los amigos. No soy simpático, ni comunicativo, ni alegre; soy áspero, huraño... y feo. Para mí las palabras “amor”, “cariño” suenan como el eco de algo muy bello que existe en el camino de los demás y que Dios no ha querido poner en el mío. Y a pesar de

esto, ¡qué necesidad he tenido siempre de amar! Así es como este amor mío, ahorrado por la fuerza en mi corazón, se ha vaciado entero en ella. Pero ¿no le parece a usted que soy un iluso? ¡Ah!, si al menos pudiera ser esta una ilusión eterna... Pero presiento el fin de ella; se me ocurre que cuanto estoy sufriendo es el comienzo, únicamente, de algo que ha de abatirme. No, no me contradiga. Los desgraciados tenemos corazón de profeta...».

Mi emisario le preguntó si había logrado hablar conmigo alguna vez acerca de esto. «Nunca —contestó—, nunca vislumbró ella mi verdadero espíritu. No sé por qué, siempre aparecí falseado ante ella. Muchas veces, las circunstancias le obligan a uno a encogerse en sí mismo y a mostrarse diferente de como es, sobre todo cuando el medio en que uno vive le es hostil. Y, usted sabe, yo he vivido aquí siempre desconcertado en medio de tanta burla. Además, soy débil, no sé imponerme. Desde niño me amansaron las gentes».

«¿Y por qué no le habla usted ahora?», le insinuó mi emisario, ya conmovido. José respondió: «No, no, no; comprendo las aspiraciones que tendrá ella. Son muchos sus méritos y sus encantos. No debo protestar ni decir una palabra. No hay derecho a ser tan feo, me dijo una vez Luisita. Y, para este caso, es cierto. A mí debían haberme torcido el pescuezo apenas nací, como piensa esa chiquilla. Y perdóneme si le importuno con mis lamentos. Cuesta tanto resignarse... Déjeme usted hablar siquiera. La tortura es superior a mis fuerzas, y usted ha venido a abrirme una válvula. Perdóneme si abuso. Reviven mis desgracias del pasado y recrudece la negrura del porvenir: la soledad, siempre la soledad. A sangre fría, estas cosas son cursis, ya lo sé. Pero no sabe usted la amargura de sentir abolida la felicidad cuando no se ha tenido siquiera la pobre dicha de comenzarla...».

Y no recuerdo más, primo. Se me escapan muchas cosas, algo de su madre... ¡qué sé yo! No podría recordar más en este momento. No ceso de llorar, te soy franca. ¡Quién hubiera sabido antes todo esto! Las mujeres jamás nos detenemos a considerar estas cosas

que los hombres no hablan. Ya ves: yo permitía que se burlasen de él, y le detestaba, le detestaba...

Y ahora, ¿qué debo hacer? ¿Lo que mi corazón me dicte? Tengo miedo. Te pido un consejo. Te prevengo, con toda franqueza, que ya hoy no podría querer a estos hombres que no han sufrido y viven en una indiferencia espantosa... Pero el caso es que es tan feo, tan feo, el pobre José. Sin embargo, es limpio, viste bien, tiene los dientes blancos y sanos y aun su tristeza me parece ahora hermosa. Y ya tengo, también, veinticinco años. Casi soy una solterona, una carga para mamá. En fin, aconséjame tú. Tú tienes corazón y conoces la vida...

MI CONTESTACIÓN A ISABEL

¡Pobre primita mía! ¡Qué buena eres, qué buena y qué graciosa! Conque ¿una solterona de veinticinco años? En esto sí que has hecho literatura, y literatura cursi, que es lo peor. En lo demás, no. En la mujer sucede lo que en el pueblo: dice las cosas muy bien cuando le salen de muy adentro. La intensidad y el colorido de tus últimas cartas solo me prueban hoy que sientes muy hondo la desgracia de Bambú. Y, en parte, lo celebro: así has vivido más, vida intensa y útil. Pero te aplaudo en este único sentido. Mi consejo, mi consejo frío, sereno, es duro, va en contra de tu encantadora sensibilidad y acaso la hiera. Al dártelo, no procedo por un sentimiento que pudiéramos llamar un egoísmo de familia, no. Bien dolorido me tiene el pobre José. Sobre todo, hay en su vida algo que desgarrá: su terrible y justa falta de esperanza. Ni es iluso ni es torpe, sabe que su existencia correrá sombría y abominable mientras el amor sea la suprema ley de la vida, lo irremplazable, lo único irremplazable. Acaso aun en los momentos en que una clemente conformidad empiece a germinar en él, subirá de su corazón el grito desesperado «¡tengo sed de ternura!». Es cruel esto, muy cruel; porque ni es él

un miserable, ni es un vicioso, ni es un ruin; porque no ha perdido por culpa suya el derecho al amor. Él es un feo; he ahí todo; es un horrible. No hay otra razón. Y esto es lo trágico. Porque un feo es, hasta cierto punto, un fracaso de la Naturaleza, algo que salió mal, poco servible para concurrir al sublime prodigio del amor... ¿Qué genio siniestro mezcló en estos seres esas ansias infinitas de amar y ser amados y esa fealdad repulsiva? Misterio. Parece que el supremo concierto de la creación precisa de estos desgraciados para hacer los dichosos. ¡Oh necesidad innegable del dolor!

Y hemos de conformarnos. Lo absurdo es desear que quienes como tú nacieron destinados a mejor suerte, vayan, por piedad, también a formar en el bando negro. Divino absurdo este, sin embargo, que crea héroes; pero no lo deseo para ti. No te alucine el heroísmo, mi querida prima; mira que nadie puede saber de antemano si es de la pasta de los héroes. Sé dura, pues. En estas ocasiones estamos obligados a serlo. ¿Sabes tú si mañana encontrarás en tu camino un hombre a quien amar con cariño entero y apasionado? Y si antes has cedido a la piedad, ¿qué harás entonces? Por no haber sido fuerte hoy, serías entonces cruel e infame, probablemente. Le faltarías, le... ¡Ay, no sabes cuánta crueldad nace de un corazón enamorado en tales casos para con el dolor del ofendido! Por tu estado de soltera, por el respeto que debo a tu pudor, no puedo hablarte con la claridad que quisiera. Pero busca en tus recuerdos.

¿No has visto algunos casos ya en la vida? Medítalos.

¡Pobre José! Yo siento mucho esto, mucho. Ofrécele amistad. Ya ganará él con ello; puesto que, según dice, ni los amigos le han querido. Tú estás ahora admirablemente preparada para ser su buena amiga. Aunque, pensándolo bien, tomando en cuenta la blandura de tu corazón, veo el caso peligroso... tanto, que no te lo aconsejo formalmente. No, no; mejor no intimes con él: puedes, por piedad, caer en desgracia y matar en flor la dicha que mereces. Él puede hallar una... no diré una fea... una modesta figura con un

corazón semejante al suyo, y celebrar una dulce alianza, tal vez gozar de un hondo e intenso cariño con ella, por afinidad, etcétera. Pero tú, ¿tú? No; jamás. Tendrías hijos; y ¿te resignarías a tener hijos que corriesen la suerte del pobre José, hijos bambúes, para ser cantados por los más o menos poetas de las casas de pensión? ¡Bah! Debes ser fuerte, dura; este es mi consejo.

Y hasta mañana. Quedo en ascuas esperando el desenlace de esta historia que supuse divertida y que me inquieta hoy terriblemente.

DE ISABEL

...Estoy desolada, Eduardo, desolada. ¡Qué criatura, pero qué criatura! ¿Sabes lo que ha hecho Luisita? Pues ha tomado a escondidas de mí tu carta y se la ha llevado a José. Dice que para vengarse. ¡Dios mío, Dios mío, lo que son los niños cuando se mezclan en las cosas de los grandes! Qué ha pasado, no lo sé; mejor dicho, no sé lo que va a pasar. La chiquilla llegó llorando a gritos. Dice que leer José la carta y darle una cachetada fue todo uno. Y no se sabe más. Los sirvientes, que acudieron a los chillidos de Luisita, le vieron salir como un loco. Cuentan que llevaba en las manos el retrato de su madre y que decía: «¡Nunca, nunca, nunca más!», y que salió repitiendo: «¡Nunca, nunca, nunca!», hecho un verdadero loco, hasta desaparecer en la calle...

Y no ha vuelto. Es la una de la mañana y no ha vuelto...

LA ANTIPATÍA¹

* Publicado en *Páginas de un pobre diablo*. Santiago: Nascimento, 1923.

–Señor... Señor...

Sentí la mano del muchacho remecerme por una cadera. Me había dormido sobre la cama, vestido.

–¿Qué quieres?

–Dice la señorita Melania que si es tiempo de ponerle a don Samuel otra inyección.

Me incorporé.

–¿Qué hora es?

–La once.

–Sí; ya es hora.

–¿Prendo luz?

–No; no hay necesidad.

Por la ventana, abierta al campo, se vertía en la pieza la luna. El menguante iniciaba su ascensión en la noche callada y caliente. Y atrajo mi vista. Clavé los ojos en el trozo dorado, que fulgía como una almendra sobre la felpa profunda de un cielo sin estrellas. Lo miraba, lo miraba, fascinado, vacío de pensamiento después de aquel sueño sin soñar. Por momentos, era la almendra; por momentos, una medalla de oro asomando por un ojal.

El sirviente, un muchacho rústico, permanecía inmóvil al pie de la ventana. Yo veía su busto exiguo de adolescente preso en la

chaqueta de mezclilla; lo veía negro, ribeteado de claridad lunar; y sus manos desproporcionadas colgando fuera de unas mangas muy cortas; y sus pies desnudos...

–¡Lástima grande!, ¿no? –me dijo tan pronto como advirtió mis ojos puestos en sus pies–. ¡Que no me dentren, patrón, sus zapatos!

Sonreí. La preocupación constante, la idea fija, el ensueño afiebrado del pobre chico, desde que alguien le previno que había crecido ya mucho para andar descalzo, era ponerse los mismos botines.

–Los de don Samuel sí me quedan al justo –añadió, como en un suspiro, como en una esperanza.

–Pronto vas a tener zapatos, Andrés.

–¿Se morirá pronto? Diga...

–¡Chit! Calla. Que preparen la jeringa para la inyección, que hagan hervir las agujas.

Me levanté y me lavé la cara, con calma.

Por la ventana venía un aire vivo, fragante al riego de las hortalizas. Oí explicar al rapaz en la habitación contigua: «Se había dormido, el caballero. Se había dormido encima de la cama, y hasta con espuelas...».

En efecto, apenas terminó la comida, los nervios me habían urgido a huir, pronto, aun cuando fuese por algunos minutos, de aquella familia.

No soy un hurraño, mucho menos un misántropo. Alguien confiesa por ahí no conocer más flechazo que el de la antipatía. No lo concibo. Sin embargo, esos Manzanares, esos amarillos, fofos, aceitosos, absurdos Manzanares rebotaron siempre hostilmente sobre mi sensibilidad. Sin remedio, desde la infancia. Muchas razones y esfuerzos muy tenaces gastó mi madre para prender en mí siquiera una llamita de afecto hacia las cuatro criaturas. Con ellas, hasta no sé qué rebuscado parentesco nos unía. Pero los niños,

cabalmente porque no razonan, yerran pocas veces en la percepción de sus afinidades.

No congenié yo, pues, un solo día ni con Samuel, aquel zanguango procaz y estúpido, cuyas pupilas color de aguas encharcadas parecían anegar su cara de estudiante falto de sueño, ni con las tres hermanas, que salían siempre a mi encuentro, desde la profundidad lóbrega del salón, en fila, muy divertidos y llenos de asombro inmotivado los semblantes y claveteándome a preguntas insulsas con sus voces estridentes de gallinetas.

Mis diez años de estudios en Santiago me alejaron luego en definitiva de los Manzanares, dieron perspectiva a su pesadez; y aun llegué a evocarlos con regocijo, con ese regocijo que enciende en el recuerdo la reaparición de las imágenes caricaturescas habidas en nuestra infancia.

Pero aquella noche, de nuevo frente a ellos, la antipatía resurgió: es decir, concluyó de resurgir, porque me hallaba en la tercera visita de esa temporada. Y tan luego bebimos café, me fue ineludible pretextar el cansancio del viaje a caballo y retirarme un rato a la pieza que me dispusieron para hospedar.

Allí, ya lo he dicho, insospechadamente me dormí. Así fue.

Estudiaba yo entonces mi cuarto año de medicina. Pasaba las vacaciones en nuestro fundo, junto a mi madre. Los cuatro Manzanares seguían viviendo en el pueblo. Habían quedado huérfanos y habitaban el mismo caserón donde nacieron. Y allí estaban, solteros... y unidos. ¿Habéis observado la unión firmísima y querendona, especie de reducto defensivo, en que se encierran los hermanos huérfanos y solterones? ¿Verdad que este lazo de amor, en las familias antipáticas, suele resultaros incomprensible, absurdo? Así vivían en su solar los Manzanares. Yo me veía entre ellos desde horas atrás –y por vez tercera– porque toda la última semana Samuel agonizaba, hinchado como en preñez, hidrópico por una cirrosis de la mucha bebida.

Sí. Hacía ocho días que el borrachón había entrado en coma. Tres punciones llévabale yo hechas para sacar el agua al odre de su vientre monstruoso; y se inflaba de nuevo, con una pertinacia... «¡Qué duro pa morir!», decía el pequeño Andrés en su simpleza. Y es que todos estaban ya rendidos. Se vivía en el vacío, como en un hueco abierto al tiempo. Era la casa del cadáver que no se va. Todo permanecía, pues, suspenso y revuelto, y la gente sufría cansada, impaciente.

Yo, por mi antipatía y por saber como nadie que ya solo se trataba de suavizar, a fuerza de morfina, los últimos rezagos de una existencia deshecha, tenía que ser el más abrumado.

¡Ah! Fue penoso penetrar aquella noche una vez más en la penumbra del dormitorio donde Samuel yacía, el pobre majadero, con el grotesco cuerpazo hinchado como un bombo y la cabeza descolgada y el cabello húmedo sobre las cejas. Una penumbra temblante por los aleteos de sombra que lanzaba la vela sobre las paredes empapeladas color café. Aun la vela movía con agitación de tormento su lengua filuda y ardiente. Y luego, aquel calor, aquel aire denso, mal oliente a sudores viejos, a medicamentos amargos, a las aguas de olor desabrido extraídas en las punciones... Mis nervios se constriñeron insoportablemente. Como en un ímpetu de fuga, volví a todos lados la cara.

Y me topé con las tres hermanas que, en fila, ¡siempre en fila!, me pasaban los utensilios. Toda la antipatía de la casa me rodeó, como una ola circular que no me estrechase.

—A ver, Melania —dijo entonces a prisa—, deme usted las ampollitas. La jeringa, Herminia. ¿Este es el alcohol? Usted, Liduvina, levante la colcha.

Me cogió una vehemencia nerviosa, un vértigo activísimo. Y una idea, única, súbita y ciega, culpable profesionalmente, pero en breves segundos mi buen corazón disfrazó de piedad, me condujo. Sí; piadoso el acelerar, piadoso el concluir con... Me temblaban las manos. Pero me había hecho presa la demencia

extraordinariamente imperativa de los impulsos antipáticos. Sí; triple dosis, triple dosis y caería Samuel en el sueño, y sueño y abismo y dulce. ¡Infeliz! Ocho días en coma, sin reconocer a nadie ya, y sufriendo en tanto su carne en un dolor turbulento y oscuro. No, no...

—¡Ya está!

Al oprimir el émbolo de la jeringa, no obstante, sufrí la sensación trémula y desfalleciente de cuando se palidece. Porque a un médico le está vedado ultimar. La conciencia, si bien sin concepto definido, me habló de un rasgo de verdugo. Temblé. Y una transpiración helada, que brotó violenta, me enfrió la espalda; mientras por mi mente pasaron, con la celeridad inverosímil del pensamiento en el susto, evocaciones aflictivas: ciertas viejas ultimadoras profesionales que en la Edad Media mataban a los moribundos hundiéndoles las uñas en la garganta. Alcanzaron a diseñarse en mis retinas unas uñas corvas, verdes, gruesas y duras como patas de cabra. Se me representó aun cierta escena cruel de mi niñez: cuando inducido por la cocinera maté un manso e indefenso pichón, apretando su corazoncito entre los dedos y haciéndole crujir los huesos dentro de mi garra enfurecida por la emoción.

Fue la misma angustia de fatiga, de crimen.

Pero duró un instante; pues a poco de inyectada la triple dosis de morfina, sobrevino un efecto extraño. Por inesperada reacción de su organismo contra el veneno excesivo, Samuel tornó a la lucidez, salió del coma, alzó los párpados, me vio, me reconoció. Y con una mirada cariñosa, llena de miedo y esperanza, me dijo:

—Ah, tú, aquí. Sálvame. Tú eres bueno. A pesar de todo, tú me quieres. Sálvame; no quiero, no me quiero morir.

—S... í—musité, desconcertado.

Sus ojos se apoyaban en los míos, larga, extrañamente fijos, ávidos de leer en mi conciencia y en mi voluntad.

—¿O no me quieres? Jugamos juntos...

—Sí...

Sentí un dolor hincante, una piedad desgarrada. Sus ojos repetían el ruego de los perros enfermos.

No deseaba yo abandonarle a su miedo ni negarle mi amparo cariñoso; pero no pude hablar. Comprendí cuánto debía espantarlo mi silencio y, sin embargo, no hallé qué decir. Si solo cosas ingratas acudían a mi memoria urgida... La fuerza de la antipatía es negativa. Y de las personas antipáticas, se nos borran muy pronto en el recuerdo los actos buenos. Busqué, busqué ansioso y de prisa de qué hablarle, algo amable y confortador. Puse mi alma en tono de cariño. Y nada; se me venían a la mente solo tonterías. Estuve, por ejemplo, a punto de soltarle: «¿Te acuerdas? Cuando niños, por tus pies abiertos al pararte y al andar, te pusimos “diez para las dos”». Y habría sido estúpido. Declararle a secas: «Sí; tú sabes que siempre te he querido como a un pariente», más tonto aún, porque no era verdad; peor, era burdo, irrespetuoso, una mentira exagerada.

Busqué, busqué, cada vez más espoleado y sin tino... Como si hubiese ocurrido la víspera, volví a tener entonces la última escena de mi vida en la cual había él actuado: el verano anterior, a Samuel se le había puesto una noche pegarse a un grupo de muchachos que recorríamos el pueblo. Su charloteo borbotante, su disputar de borrachín, su intromisión presuntuosa y necia en las conversaciones nos tenían irritados; y no viendo manera de alejarlo, se me ocurrió de pronto avisarle al pasar por un cine: «Mira, allí, en la contaduría del teatro, te llaman». Y apenas acudió él, corrimos los demás en fuga desbocada, hasta poner una docena de cuadras por medio. Entre bromas y carcajadas, llegamos a una taberna, y allí resolvimos, mientras nos servían, celebrar unos juegos florales fúnebres. Por tema, se dispuso... el epitafio de Samuel Manzanares, a quien el mantenedor había declarado difunto. Reímos a su costa la noche entera.

Pues, bien, casi me arrastra el aturdimiento a recordarle en tales instantes aquel paso, nada menos que la burla de su muerte.

Al fin creí hallar algo agradable para él. En cierta ocasión me había detenido Samuel en la calle, con grandes aspavientos, para exhibirme unos versos que él calificaba magistrales, y que al cabo resultaron así. La antipatía, alerta en su agresividad siempre, me advirtió no obstante que mi emoción había sido entonces la rabia. Al pasarme él su periódico para hacerme leer los versos, me había dicho yo: «Deben ser un mamarracho»; y enseguida, al rendirme ante la evidencia de un canto magnífico, había sufrido una corrosiva molestia.

«¿De modo que el idiota ese tenía también su buen gusto?». ¡Qué fastidio me dio! Por muchos días me persiguió el fastidio.

Pero, en fin, como él no apartaba los ojos de mí, quise traer aquello a cuento, aliñándolo de optimismo en la hora de la muerte, ya que ello, lo único en nuestro pasado, podía significar acuerdo, unión.

Y le dije:

—¿Sabes en qué estaba yo pensando, Samuel? En esos versos estupendos que el año pasado descubriste. ¡Cómo gozamos! Me separé tan feliz de nuestro encuentro...

Me detuve a la mitad, con vergüenza de hallazgo tan miserable.

Por suerte, no me oyó. La morfina surtía ya su efecto. Samuel se sumía en la nada del sueño, caída la mandíbula, vueltas a mí todavía las pupilas desvanecidas.

Le tomé el pulso. En media hora más, según mi cálculo, habría dejado de padecer. Tapé su cuerpo hasta la barba. El abdomen hidrópico metía una montaña bajo los cobertores. Una conmiseración irremediable me hizo suspirar. Y enseguida palpé mis músculos, robustos, vivos, ágiles.

—Salgamos —dije—. Ahora duerme.

Habituadas a la misma escena durante tan largos días y a que tras ella Samuel continuase viviendo, las tres hermanas se dirigieron conmigo, tranquila y naturalmente, al comedor.

Allí nos acomodamos alrededor de la mesa. Ellas, frente a mí las tres, siempre juntas y en fila. Ya tenía yo delante otra vez aquellas caras alimonadas y tirantes, de cejas oblicuas formando una ojiva rota e irregular, y aquellas cabezas de pelo escaso, grasiento y tenso hacia la coronilla.

Seis ojos verdosos, explayados y húmedos, como seis ostras, venían al encuentro de los míos; y yo, que sufría una mezcla inordenable de emociones, a todas las cuales se sobreponía el rechazo antipático, no los podía soportar. Los ojos del ser antipático son pinchos agudos y hostiles. Da en ellos nuestra mirada, y en el acto se repliega como las antenas del caracol, y permanece recogida y esquiva. Bien pueden esas pupilas buscarnos: las evitaremos siempre. Es horrible, porque se nos figura que el otro comentará: «Este hombre es malo; no mira de frente». Y no. Solo hay que él nos es antipático. Además, en aquellos ojos de familia me acusaban los del agonizante, a quien yo acababa, en buenas cuentas, de ultimar...

Hallábame, pues, muy incómodo. Procuré rehacerme, vencer sobre el ambiente. Callábamos, y el silencio me resultaba indiscreto y delator. Pero ¿de qué hablar? Con los antipáticos, iniciamos una afabilidad, y una mueca involuntaria tuerce nuestra boca, afea la frase y nos traiciona...

No obstante, la turbulencia de mi incomodidad imponía una salida, una actitud libertadora, palabras, en fin, que al menos alejasen de mí otro desagrado inminente: el drama de llantos y aullidos histéricos que dentro de media hora, cuando se constatase la muerte de Samuel, sobrevendría para las hermanas.

—¿Qué hacemos? ¿Qué les cuento? A ver...

Atropelladamente, ignoro por qué recóndito dictado, me puse a contar «chistes alemanes». Dos, tres, cuatro, diez, de los más imbéciles.

Fue la salvación.

Todo cambió como al soplo de un viento despejador. El buen humor se hizo. Aquellos nervios excitados en la sobrefatiga, vibraban con exceso enfermizo al menor roce de lo cómico. Era un vértigo contagioso, una marea invasora, la defensa desesperada de la vida tras la mucha aflicción, tras las horas muertas de voz queda, pasos en puntillas y gestos de circunstancias.

–Cuenta –me rogó de pronto Herminia, la menor– algo de tu vida estudiantil.

Accedí, porque me había rehecho. Por odiosas que ciertas personas nos sean, nos halaga y envuelve el momento en el cual ellas nos admiran.

Y esta cobardía humana desnudó mi contento y los episodios festivos acudieron.

–Una vez –comencé–, los de mi curso debíamos obtener cadáveres para nuestras preparaciones anatómicas... No se asusten. La cosa tiene gracia... Es preciso, para esto, hallarse a la madrugada frente al hospital. Allí va la carroza con los restos no reclamados y los deja a los estudiantes. Estábamos en pleno invierno y apenas se diluía en el cielo un indicio del alba. Los muchachos, zapa-teando de frío, fumando, distraídos, no advertimos cuándo llegó el carro. Lo distinguimos de repente y nos acercamos en tropel. Ya en su boca trasera blanqueaban hacinadas las plantas de veinte pies de cera. Ya el carrocerero había puesto del coche al suelo sus tablas en declive; y pronto, vuelto al pescante, empujaba uno a uno los cuerpos rígidos, que resbalando por el tablero, bajaban a la calle, donde nosotros elegíamos. Era un hombre muy chusco. Llamaba «cuñados» a todos sus muertos. «Allá va un cuñao, niños», prevenía al lanzarlos. Y algunos habían desaparecido ya, en brazos de los muchachos, tras la reja de la Escuela, cuando bajó uno más y sucedió algo extraordinario, fantástico. El muerto se deslizó lento y pesado, tocaron la calzada sus pies, vino su cuerpo hacia delante y quedó erguido. «¡Guarda, está vivo!», repetían los demás, ya parados a cierta distancia. Hubo un silencio de espanto.

Alguien aseguró haber percibido que de la garganta del cadáver había salido un sonido, como un gorgoriteo, como una voz. Y la figura blanca seguía derecha e inmóvil en medio de la noche. Entonces vino lo bueno. Vimos al carrocerero dejarse caer del pescante y dirigirse al cadáver. «¡Guarda, el cuñado está vivo!». El hombre vaciló. Pero fue un segundo. Luego echó pie atrás, alzó el puño y, mientras descargaba un bofetón iracundo sobre el infeliz, atronó la calle, bravucón y triunfante:

–¡Eh, muerto 'e miér... coles! ¡Vení a jugate!

La risa estalló frenética en las tres muchachas. De tal modo reían ya, que debí contenerlas:

–¡Chit! ¡Chiiiiit...! Está el pobre Samuel ahí, durmiendo... ¡Chiiit...!

Ya entonces noté con alarma que no se podían contener. Esta misma contradicción las enardecía más, conducíalas a lo morbosos, al ataque, a lo histérico. Melania se quejaba:

–¡Ay...! ¡Mi dentadura...! ¡Por Dios! ¡Mi dentadura...! ¡Ay...! ¡Ay...!

Usaba dientes postizos, y la plancha, defectuosa, causábale dolor en las encías, un dolor que constituía su tema de quejumbres a toda hora. Tanto era el lamentarse de su plancha, y esta vez con la mano en la boca, luchando tan cómicamente por apretar la risa, que, contagiado yo también, se me ocurrió decirle:

–Es que tú, Melania, lo que necesitas no es una dentadura, sino una dentablada.

Y esta sosería, sobre aquellas risas tentadas, cayó como pólvora en la llama. El reír subió al gemido, al llanto, a la contorsión.

Al cabo, amainado el acceso, Liduvina me pidió una anécdota más.

Determiné referirles ahora el caso de una estudiante de mi curso.

–Resolvió un compañero jugarle una broma sonada, una broma que, como él decía, hiciera época. Eligió el cadáver más corpulento y le amputó... No; creo que esto no se puede contar.

–Sí, cuenta.

–Cuenta, hombre.

–Si estamos en familia; sigue.

–Bueno. Amputó el cadáver... en fin, no me acuerdo bien, un miembro cualquiera, pongamos... una mano, y se lo guardó a la chiquilla en su maletín de calle... No; mejor, buscaré otra historia...

–¡Oh! ¡Tonto!

–No. Espérense. Voy a ver cómo sigue Samuel.

Había transcurrido, larga, la media hora de mi cálculo. Fui al dormitorio y... lo previsto: Samuel estaba muerto.

Y bien. No sabría explicar por qué no me conmoví. Acaso porque era lógico, dado el tono en que las risas me pusieran; acaso porque yo lo tuviese al pobre despedido ya, desde que le aplicara la morfina; por lo antipatía, tal vez. Lo cierto es que, sereno, como ante un caso de hospital, le cerré los ojos. Y salí.

Vuelvo al comedor, molesto por anticipado de la escena que sin duda se desarrollará; y he aquí que nadie me pregunta por el enfermo. Solo me apuran a concluir el cuento. Confieso que me estremecí.

Tomé asiento, mudo.

–¿Y qué pasó?

–Habla. ¿Qué hizo luego la muchacha?

Guardé silencio aún, dudando. Pero: «Después de todo –pensé– conviene ganar algún tiempo, prepararlas gradualmente, para darles la noticia con prudencia. Porque vendrá una hora trágica». Y casi conforme también con un retardo de aquel desagrado, cedí a las instancias, siquiera mientras concebía un plan hábil y de suave gradiente hacia la revelación.

–Pasó –repuse– que la estudianta sube a un tranvía, de regreso a su casa, y al ir a pagar, abre el maletín y se encuentra con aquello. Varios estudiantes la iban espiando en la plataforma. Y cuentan que ella, muy familiarmente, cogió la... mano amputada y la tiró por la ventanilla. Los estudiantes se bajaron entonces en la

esquina próxima. Divisaron a poco un tumulto en la calle y acudieron a ver. «¡Nadie toque al perro! ¡Nadie toque al perro!», dicen que disponía enérgico el policía. Un perro había recogido la mano del muerto y se paseaba con ella en el hocico, entre el alboroto de la gente. Se vislumbraba un crimen. «Hasta que venga el inspector, nadie me toca el perro –insistía el guardia–. Y no dejen que se la coma». Alguien opinaba: «A mi juicio, debe venir el juez...». Y calculen ustedes lo demás. ¡Cómo se divertirían los muchachos! Dicen que el escándalo fue mayúsculo.

Entre figuraciones, comentarios y ocurrencias, se incendió de nuevo la risa.

En tanto, yo pensaba en nuestro muerto. Pero mientras más postergaba la noticia, más cobarde me sentía. Juzgaba pasada la oportunidad de darla, y no atinaba ya con la enmienda.

En esto, las hermanas me exigieron otro chascarro. Y di otro, y otro enseguida, y varios más. Los nervios, las situaciones contradictorias en que la antipatía lo había ido invirtiendo todo, llevaron al naufragio completo mi voluntad.

Así pasó una hora, dos horas pasaron. Un chiste, una nueva broma sobre la dentadura de Melania, y risa, y más risa.

Hasta que Melania se levantó, amostazada.

–Voy a ver a Samuel –dijo.

Salió, y volvió en el acto. Yo había bajado la vista, trémulo. No quise ver su llegada.

Pero, contra mis temores, una carcajada general la recibió. Y la miré entonces: con la mano extendida, y en la palma, como sobre una bandeja, la dentadura postiza, nos miraba a todos alternativamente, en gesto inverosímil, fea, grotesca, abierta la boca desdentada, más exployados aún sus ojos de ostras.

Hube de soltar yo también el trapo a reír. Y entonces gritó, estridente.

–¡Está frío! ¡Beh, beeh! ¡Está frío, frííío!

¿Comprendieron Liduvina y Herminia? Creo haber notado en ellas una brusca conmoción. Pero, sea por la cara de Melania; sea por la dentadura ridícula que, en el pasmo, aquella mano seguía sosteniendo; o por una inversión más, por la inversión frecuente en muchas personas que ríen cuando se les da una nueva muy dolorosa, la risa de las muchachas creció incontenible, avasallante, convulsiva. Por momentos, alguna trataba de contenerse, alzaba la cabeza, volvíase hacia la hermana mayor; mas al verla tiesa y lívida, con la dentadura siempre en la mano extendida, tornada por el terror en fantasma o estatua de piedra, el turbión de las carcajadas renovaba su invasión macabra, exasperante.

Hasta que yo intervine. Fui aproximándome a ellas, una a una. Fingí no darme cuenta de que reían a sabiendas de la situación, sino por error; y les dije que Samuel había muerto, que él era el frío...

Al pronunciar la palabra frío, ¡qué esfuerzos debí hacer para no reír también! Y confieso que ponía cierto malvado placer en repetirla.

Aquello, más que grotesco, fue trágico, una monstruosidad de locura.

Poco a poco, primero como un hilillo de agua, al que no tardó un segundo caño en agregarse, vino al fin el llanto. Lloraban Herminia y Liduvina. Lloró de súbito, con violencia histérica, Melania. Y las tres se doblaron por último, como en un derrumbamiento, presas de un llorar contorsionado, hipante, de vesania, que me estrujó de una piedad colérica el pecho.

Aún guardo en los tímpanos la sensación irritante de aquel lloro, de aquellos gritos. Aunque aún se mezcla también a su desagradable evocación el ridículo estribillo con que gemía Liduvina: «¡Beeeh! ¡Hic, hic! Lo que más me duele es que la muerte de mi pobre hermano haya causado hilaridad. ¡Beh, beh! ¡Hic! ¡Beeeeeeh!».

Era risible y era siniestro.

¿Cuántas horas pasaron así?

Avanzada la noche, ya vestido el difunto, hechos los preparativos del féretro y la capilla, regresé al comedor. Solo. Sentía necesidad imperativa de estar solo.

Me dejé caer en una silla baja. Los codos en las rodillas, sobre los puños la barba, me inmovilicé, horas acaso. Me encharcaba un sentimiento confuso, abrumado y torpe, negro y viscoso, y una pesadumbre como la de quien cedería una fortuna con tal de eliminar de su pasado ciertos sucesos en que actuó.

Y sin embargo, hasta hoy nada se borra en mi memoria. A menudo mi sensibilidad lo repite todo. Todo es aún presente. Lo oigo, lo huelo, lo veo todavía: la luz de la lámpara se va extinguendo, devorada en su propia llama. Fuera, se ha entrado la luna; y del patio entran las sombras y se tienden en el suelo, como serpientes sigilosas. Irrumpe una ráfaga, se arremolina en torno a la lámpara, se deshace y se va. Un olor de pavesa reseca entonces el aire. A intervalos, viene del interior el risible «¡Beh! ¡Hic, hic! ¡Beeeh!», con antipatía ya majadera. Y no es caso de reír, porque mis fuerzas están ya desplomadas y un malestar de alma turbia me impregna como un miasma. Los chistes, las carcajadas, el no haber declarado a tiempo la muerte pesan en mi conciencia. Aun mi antipatía por aquellos desgraciados me acusa como un pecado innoble. Rechazo el remordimiento; pero no me puedo liberrar del cansancio y la repugnancia. Y todavía, traidores, reptando como las sombras, surgen recuerdos, cosas viejas que vuelven: Samuel es un niño, se hospeda en casa, mis hermanos y yo deseamos amargarle la vida, que se marche del fundo a su pueblo; y hoy le robamos el jabón, mañana echamos llave al baño, luego, en la mesa, le devoramos a prisa todo el pan; o en la noche, le rompemos un cartón con el cual se protege de los rayos de nuestra lamparilla, pues con luz, como nosotros, no consigue dormir con él...

¡Ah!, me colmé de una opaca melancolía y quise llorar. Pero lloró solo mi alma, porque mis ojos no pudieron. Y tuve frío en el corazón. ¡La antipatía, la irremediable antipatía!

Hasta que abrí los ojos, al primer rayo de sol que dio sobre mis párpados. Y salí al patio.

Con la claridad de oro y el fresco del rocío, fue aventado el pensar. Me cogió en cambio una vehemencia loca por volver la espalda y escapar cuanto antes.

Andrés, el pequeño rústico, estaba en el corredor, acucillado, la espalda contra la pared. No me vio al pronto. Fumaba y escupía sin cesar, mientras sus ojos cargados de sueño parecían ver algo allá en el sol que tras las lomas de mi fundo subía.

Sonreí.

—Andrés. ¿En qué piensas? Apuesto que lo sé... ¿Eh? Confiesa... Sonrió él también, cogido.

—Diga, patrón. ¿Lo enterrarán con los nuevos?

—Sí; seguro. Pero no te decepciones. Toma. Te compras un par a tu pie. ¿Qué te parece? En memoria de Samuel, ¿sabes? Bien. Y ahora, mi caballo. Corre, mi hijo.

Al fin había logrado reflorar mi bondad. Experimenté una ruda alegría. Y mientras volaba el chico a ensillar, me quedé a mi vez mirando el sol, un sol rosa, nuevo, claro, el sol de mi fundo, de los míos, el de la simpatía. Con la felicidad irracional y absorta de un lagarto ligero, me estuve, llenándome de sol.

Luego Andrés me trajo el caballo. Monté. Me pasó el chico un durazno. Tenía sed y mordí ávido la fruta recién cortada. Su pulpa jugosa y fría entró en mí como cosa viva, bañándome de bienestar. A mis labios iba pegándose obstinada empero la pelusa de aquella cáscara sin frotar, la áspera cáscara integral de la vida.

Pero limpiándola alegremente, piqué espuelas y partí a carrera, rumbo a mi casa, cara al sol, con un enardecido deseo de cantar.

SANTO REMEDIO¹

¹ Publicado en *Tamarugal*. Santiago: Nascimento, 1944.

Se me ocurre que mientras dormimos también el espíritu suele quedar en una mala postura y que por ello, algunas mañanas, aun cuando el cuerpo esté ágil y normal, amanecemos con el espíritu trabado de incomodidad. Nos movemos todo el tiempo entre los seres y las cosas con el tino zurdo, predispuestos a toda clase de fracasos. Y aun se diría que atraemos malas situaciones o conducimos nuestros pasos cabalmente allá donde hallaremos sucesos desagradables.

Convencido de esto por la experiencia, no debí yo ir aquel día a la oficina... Tamarugal. La llamaré así, Tamarugal, porque aún vive alguien que se lastimaría si no alejase yo toda referencia verdadera para identificarlo con algún personaje de este recuerdo.

A la oficina Tamarugal fui, pues, a parar, obediente al mandato de la misteriosa zurdería.

Por lo demás, se me había hecho un hábito el salir, a cambiar ambiente, apenas concluían las tareas del fin de mes. El 30, los empleados nos amanecíamos en el escritorio, liquidando sus libretas a los trabajadores y saldando el libro de jornales; de suerte que el 1º, sin esperas o interrupciones y a las horas de rigor, se dieran saldos y fichas y el mecanismo burocrático rodara como si no hubiese habido balance mensual ni labor alguna extraordinaria.

Luego, cumplido el afán cotidiano como siempre, un baño y un desayuno reparaban fatigas, y disponíamos de la tarde para el descanso.

Yo prefería, repito, mudar de aires. Y tras de mucho pensar adónde iría, terminaba por dirigirme a la Tamarugal, porque la vía férrea la comunicaba con mi oficina y, así, no era preciso cabalgar. Un pequeño tranvía tirado por caballos y dirigido por el sereno me conducía muellemente.

Y solo había, para mi preferencia, esta razón de molicie sobre cansancio. No era que la tertulia de la Tamarugal me atrajese. Más bien me aburría. No había caracteres allí que me acomodasen. Aunque... ¿acaso los había en otra parte? Soy—y lo fui desde niño—uno de los seres que, dondequiera se sitúen, siempre se sienten en «la tierra de nadie». Los unos aquí, allá los otros; antagonismos o concordancias; bandos, banderas y banderías... Yo, en medio, ajeno, ecuánime por comprender demasiado, irremediabilmente solo en «la tierra de nadie».

Sin embargo, no se puede vivir fuera del mundo. Hay que ir adonde la complicidad de lo exterior con nuestras voliciones determina.

Y fui a la Tamarugal aquella vez, como tantas.

Al poner pie en la plazoleta de la administración advertí ya que algo inusitado sucedía. Desde luego, el aire parecía detenido. No lo estremecía el menor rumor. Ni las chancadoras marcaban su compás de sordas mandíbulas. Ni los winches chirriaban elevando vagonetas sobre los planos inclinados. Tampoco acesaba la locomotora, ni carreta alguna derrumbaba el estrépito de su caliche buzones adentro. Había cesado todo tráfigo y solo allá, bajo nivel de suelo, ante la aglomeración parda de la maquinaria que veinte años de polvo cubrían y frente a la primera chancadora, una multitud se apretujaba en silencio. Apenas medio cuerpo arriba del bajo sobresalía, y un estandarte con crespones asomaba entre las cabezas.

Pronto supe a qué atenerme. Era el funeral de un «chanchero» muerto por descuido entre las muelas de su «chanchito».

Experimenté una violenta angustia, seguida de cólera. Otra vez aún, la chancadora, el «chanchito», como la apodaban los obreros por su movimiento de masticación para moler el mineral, hacía una víctima.

Solo, pues nadie pudo haber para mi recibimiento, me dirigí al grupo.

Cuando llegué, acababa de enrojecer un discurso en sus estandartes el delegado de la Mancomunal Obrera. La Providencia me había hecho gracia de oírlo. En cambio, lamenté no haber escuchado las veinte palabras, de seguro tan precisas como sorprendentes, de «el Hombre», como llamaban al administrador, don Jesús Morales.

Jesús Nazareno fue «el Hijo del Hombre»; este era el Hombre mismo, en crudo y desnudo, sin la más remota luz de divinidad, sino terreno, despierto, simple y cabal. Solía opinarse que, por su franqueza rayana en el cinismo, encarnaba el perfecto bruto; pero contradecían la afirmación quienes, concordes con el anónimo autor del apodo, preferían lidiar con él la vida entera antes que con tanto miserable recamado de urbanidad. A mí, unas veces me incomodaba por su dureza, tan falta de savia sentimental; otras, me sorprendía divertidamente, y, en tal cual momento, hasta me había soplado al oído interior la pregunta de si debería ser en realidad así el hombre en total salud y perfecto equilibrio.

Me acerqué a él y tomé lugar en la fila administrativa.

Nos abríamos todos en abanico frente a una vagoneta colmada de molido caliche. Habían traído de la maestranza un gigantesco y estrafalario ataúd de roble forrado en zinc por su interior, en el cual debían caber restos del difunto y grava salitral, todo ello junto y mezclado, por haberlo hecho inseparable la molienda y haberlo evacuado así la chancadora dentro de la vagoneta.

Ya las miradas interrogaban todas al Hombre; de manera que este dio la voz:

—Adelante.

El mayordomo sacó entonces la chaveta a la tolva del carrito y se vació en el suelo la trágica carga.

Entreverados con el polvo y los pedruscos debían encontrarse los restos del chanchero. Y sus cuatro camaradas de cuadrilla empuñaron palas y, decidido el gesto, vencedores de la repugnancia, emprendieron la faena.

Pronto descubriéronse las primeras manchas de sangre embebida en el mineral. Luego, poco a poco, ropas y trozos de carne, ropas y huesos triturados, ropas y entrañas. Un zapato hecho un barquillo manaba una borra viscosa. Tras él se dio con lo que debió ser el tronco, sanguinolenta masa de tierra, cascajo, intestinos, piltrafas de pantalón con vísceras. Una media boliviana chorreante pendió por varios segundos en un tornillo y después cayó como reptil despanzurrado.

Los peones trabajaban con fiebre.

—¡Más cuidado! —les gritaron.

Pero ellos continuaron, enloquecidos en su afán. Y nadie insistió.

No atinábamos sino a mirar, a pesar del deseo de no ver. Los rostros estaban verdes y sentíase la emoción temblar en todo, hombres y cosas. Mas en el momento de reconocerse el cráneo, masticado con el gorro de lana, muchos tuvimos que volver la cara.

Mis ojos se habían detenido en un viejo corpulento que lloraba sobre su abdomen, cuando de entre la multitud subió un alarido al cielo.

—¡Las mujeres! ¡Llévense a las mujeres, carajo! —rugió alguien.

El Hombre levantó los brazos:

—¡Scht! Calma —ordenó, y fue obedecido.

Ahora ya no febrilmente, sino con respetuoso cuidado, manejaban los braceros sus palas, escogiendo el material con despojos y

llenando con él la enorme caja. Colmada quedó de carnes, tierra y guijas. Por fin, le soldaron el zinc y le atornillaron la tapa. Media tonelada pesaría cuando la subieron al carrito en que viajaría al cementerio.

Allí la veíamos ya, cual obra cumplida, en toda su importancia, monumental y negra, con su gran cruz blanca y el nombre al pie:

FROILÁN JORQUERA
(Q. E. P. D.)

Algo como el alivio de un suspiro final sosegó a la gente, y la actividad de los impasibles, que habían permanecido a la espera, encontró empleo en la ordenación del funeral. Con otros semblantes, se organizaron las filas, los endomingados recompusieron sus trajes, dos mulas se engancharon al carro y el cortejo partió por la vía férrea, hacia Huara, donde estaban la estación y el cementerio y hallarían paz el difunto y unas copas de «quitapenas» la concurrencia.

Viéndolos alejarse bajo aquel sol que ponía en el desierto un refulgir de ascua, que agrietaba los salares y fundía en sudor los cuerpos, permanecemos algunos minutos.

Luego nos llevó el Hombre a beber, a la sombra del corredor, la cerveza inglesa de la Compañía.

Se cambiaron allí comentarios. Se repitieron vulgaridades. Y tan pronto el Hombre divisó al boletero en lo alto de la rampa, se despidió. Quería reanudar cuanto antes las faenas.

Opté por abandonar la tertulia y seguirlo.

Forma siempre la rampa un montículo de diez a doce metros sobre el piso natural, más construcción que cerro. Por un lado, funciona el ascensor para las vagonetas que la locomotora trae desde los acopios y que se vuelcan enseguida dentro de los buzones. Otra cara está constituida por el muro en cuya base empotran las chancadoras, las fauces abiertas al buzón receptor del mineral,

las bocas de expulsión abajo, encima de la línea donde otras vagonetas reciben el molido, para subir con él un plano inclinado y vaciarse en los cachuchos hirvientes que darán sus sus caldos ricos en yodo y salitre. Y el costado que bautiza el total es la verdadera rampa, por donde las carretas trepan y van a despeñar también su pedrazón en los buzones. Después, solo una garita, para el boleterero que recibe, cuenta y da la contraseña de constancia.

—Las dejé cosiendo los vestidos de luto —contaba el boleterero al reunirnos a ellos—. Están muy agradecidas.

—¿Agradecidas?

—Sí, señor; por los quinientos pesos.

—¡Hombre! A mí no me den las gracias. Es la Compañía quien paga. No me gusta adornarme con plumas ajenas.

—Sin embargo, usted ordena con buen corazón...

—Ordeno lo que ordeno porque me pagan para pensar, no para sentir; para proceder con buen ojo, amigo, a fin de evitar complicaciones y hacer ganar siempre dinero a los accionistas. Yo no miento, ni simulo, ni me consigo afectos. Ni soy bueno.

—¡Cómo!

—Ni bueno ni malo. Algunos dicen que soy malo. Soy buen administrador. No hago maldades porque no cometo torpezas. Y a propósito, ¿qué familia queda?

—Ellas, no más. Las tres Jorqueras.

—La viuda y las dos hijas. ¿Y el muchachón?

—¿Segundo?

—Que lo llamen. Mientras tanto, pueden seguir ellas con su cantina. ¿Tienen muchos pensionistas?

—Comen ahí como quince solteros.

—Están muy bien. Ganan bastante. Pero al muchacho, que lo busquen. Le daremos el trabajo del padre. A ver si él no se mata. Escarmentará con la muerte del viejo.

—El finado nunca escuchó advertencias. ¡Inútil, señor!

—Porque son unos boquiabiertos porfiados, pasan estos accidentes —añadió el Hombre volviéndose a mí.

Caminamos unos pasos, hasta situarnos a la orilla del buzón.

La desgracia se había producido como ciento se produjeran ya. En la gran zanja que es el buzón, los caliches se derraman por una ladera de mucho declive. Cada chanchero, valiéndose de un largo garfio de hierro, debe ir dirigiendo las colpas hacia la boca de su chancadora. Para esto anda sobre los trozos de caliche, pisa en ellos, resbala, se equilibra, mas no ha de colocarse jamás ante la fauce, pues una mala pisada le hará rodar y caer dentro.

—Y este hombre, pues, señor, dale con que sabía lo que hacía. Pasaba siempre encima de los bolones en bajada. Se creía maromero, señor.

—¿Usted lo vio caer?

—Yo salí de la garita a los gritos. Cuando llegué, Tiburcio y Joaco lo tenían de los brazos, forcejeando. La máquina, como usted sabe, cuando agarra no suelta; tira para adentro. Por algo se llama chanco. Tira para adentro, masca y masca, y no hay fuerzas que le quiten la presa. Nosotros tiramos mucho. ¡Inútil! Se lo comió, no más. Si yo hubiese tenido un hacha, le corto las piernas desde un principio.

—Un hacha...

—Digo yo. Más hubiera valido que perdiese las piernas y no la vida. Además, desde un comienzo se le había ido el sentido, con el sufrimiento.

La imaginación pintó en mí tal cuadro de horror, que no atendí a pormenores. Así, tan sencillamente, ocurrían siempre las desgracias.

Largo rato conversaron ellos. El trabajo se había reanudado bajo el sol tostador, entre las nubes de polvo y los ruidos de la ferretería, al compás sordo de los chanchos. Los chancheros del turno, en silencio, ponían toda precaución en sus movimientos.

El Hombre calló hasta que nos retiramos.

—¿Ve usted? —me dijo en el camino—. Testarudos, brutos. Se habla de dispositivos protectores. Pamplinas. Se han puesto rejas sobre los cachuchos porque los trabajadores solían caer al caldo hirviente. Ahora pierden las piernas como antes las perdían, porque andan sobre las rejas. Los técnicos no siempre son psicólogos. El remedio hay que buscarlo en forma que obre dentro de las cabezas. Yo veré de hallarlo.

«Y es capaz de idear un buen medio», pensé.

No sé qué tenía, ese hombre brutal, que inspiraba fe. Su aspezeza resultaba muy a menudo desagradable; pero algo había en su faz de moro, en su corpachón blando pero afinado, como el de un bajá, aun en las arrugas de interior blanquísimo que ocultaban sus facciones tostadas, por todo lo cual se adivinaba una capacidad de raza. Pocos le querían. Tampoco yo. Su conducta demasiado abierta, sin prudencias ni reservas, su hábito de hablar sin miramientos para nadie, como si reflexionase a solas, le presentaban áspero, agrio, agresivo.

Recordé que cierta vez, ante la investigación de unas cuentas, un cajero había formulado protestas de honradez.

—Nadie me ha podido decir ladrón hasta hoy, señor.

Y él, tranquilo y con la cara llena de risa, le repuso:

—Hijo, nadie es ladrón hasta que lo cogen.

Esto, sin maldad, sin objeto de ofender. Solo porque él era así, todo a la vista. Tanto, que en aquella ocasión había terminado jugando al poker con gran naturalidad y en muy cordial camaradería con el subalterno.

Se le conocía mucho, para ofenderse con él.

En todo caso, el día me había fracasado. No acepté quedarme a comer.

Y regresé a mi oficina tan pronto como el tranvía me fue dispuesto.

Por muchos meses evité volver a la Tamarugal. Aunque mi espíritu hubiese dormido en la más cómoda de las posturas, el mal recuerdo me desgana.

Pero había de regresar un día. Y ocurrió que en tal ocasión necesité subir a la rampa del accidente.

Hablaba con el boleterero, a causa de mi personal diligencia, cuando descubrí en el muro de las chancadoras, colgante de un gancho, un objeto extraño: un hacha descomunal.

—¿Y eso? —pregunté.

—¡Hem! ¡Cosas del Hombre!

—¿Un hacha?

—Él la nombra «el verdugo». O de no, «la mano de Dios».

Cuando volví la cara, estaba el propio administrador a mi espalda. Soltó una carcajada ante mis ojos espantados.

—Y ahora —dijo— la puedo llamar además «el santo remedio».

Era el dispositivo psicológico, que operaba dentro de las cabezas, que gritaba su amenaza de caer sobre las piernas y hacía cuidadosos a los testarudos, por obra del espanto.

—Pues no ha vuelto a ocurrir ningún accidente, amigo. ¡Santo remedio! —concluyó, arrastrándome del brazo a beber el amargo *shop* de la Compañía.

CAMANCHACA¹

¹ Publicado en *Tamarugal*. Santiago: Nascimento, 1944.

—¡Irse con esta noche! Solo a ti se te ocurre.

—¿Me lo vas a repetir otra vez, por Dios, hijita?

—No. De sobra sé que eres porfiado. En fin, tú veras lo que haces. Pero, quedándote aquí hasta la madrugada, no divisó qué perderías, Carlos. ¿Me oyes?

El mozo se encogió de hombros; y mientras rezongaba Inés consideraciones y advertencias, se enderezó el poncho de castilla, se alzó el cuello, se cruzó la bufanda, se ajustó bien el sombrero de anchas alas, metió por último la mano dentro de la correhuela de afianzar la fusta y, con aire guapetón, fue a desatar su caballo, que vahaba junto al riel enclavado a manera de poste.

La muchacha le seguía con la vista. En el rectángulo encendido de la puerta, se orlabá de luz su silueta; en la dorada copia del rectángulo tendida hacia el camino, su sombra la repetía en negro; y también ella, cual si fumase, exhalaba vaharadas.

Carlos volvió a ella con la bestia de tiro. Un beso más, entre la sombra.

Y la explicación, una vez aún, para justificarse.

—Tú no ignoras, Inés, los deberes del fichero en la Pampa. Madrugar y, a las cinco en punto, dar fichas a los trabajadores.

—Lo sé.

—Mañana, lunes, atrasarse resultaría imperdonable. Los peones, aglomerados frente a la ventanilla, lanzando protestas y chirigotas... ¡No! Y el administrador sabe que he salido hoy. Sospecha que he venido hasta aquí. Está al cabo de este lío nuestro. Nada hay secreto en la vida salitrera. Las aventuras de cada cual corren de boca en boca, de cantón en cantón; se comentan en cada oficina, larga y sabrosamente, durante los aperitivos interminables.

—No te vayas por la huella, siquiera. Toma la línea. Es más segura.

—Si no me pierdo, hijita linda. Conozco estas huellas como la palma de mi mano.

—Pero la camanchaca tupirá en poco rato más. Todas estas noches viene pasando lo mismo. Al principio, una neblinita; después, cuando menos se piensa, la camanchaca cerrada.

Carlos penetró el aire con mirada experta. Halo en la luna. Por lo menos, la luna se veía, y la niebla tomaba de ella cierto resplandor celeste.

Nada. Tonterías. Apretó cinchas, dejó caer los estribos en sus correas y montó.

—¿Llevas el revólver?

—Sí. Aunque solo por costumbre.

—No, niño. No te descuides con Enrique. Es vengativo.

—Enrique anda muy lejos de aquí ya.

—¡Quién sabe! El pampino va y viene, va y viene...

—¿Y en el camino se detiene, como el cerrojo?

—Déjate de chistes. No dura en ninguna parte el pampino.

—Adiós.

—Bien. Adiós. Telefona mañana.

Carlos picó espuelas. Terco al fin, se internó por la huella. La huella de carretas. La maraña de sendas polvorientas que garabateaban aquel suelo salobre y revuelto, entre calichera y calichera, entre cuevas y rajos, entre canchas y acopios, sistema circulatorio en las faenas de extracción que iban vaciando los yacimientos

salitrales. Una de sus guías paraba en la estación ferroviaria de Pozo Almonte, en una de cuyas casetas vivía Inés ahora, huésped de cierta comadre bien pagada por Carlos. Otras estirábanse hacia las casas de La Palma y aun hasta próximas oficinas. Con todas habíase familiarizado Carlos en sus tres años de empleado, y, con él, su caballo; de suerte que, cuando atrás sonó el portazo de Inés al recogerse, sin vacilar se daban ya los cascotes del animal a hundir el colchón de polvo.

Caminó. Buen rato caminó.

Hacía frío. «Halo en la luna, novedad ninguna», articuló el mozo en confiado suspiro.

Mas, en realidad, aquello tupía. Empezaban las ropas a mojar-se. «¡Curioso! –pensó–. ¿Cómo puede surgir así, de buenas a primeras, tanta humedad en un desierto rigurosamente seco?». Bien decía Inés: primero, ligerísima bruma; poco a poco, niebla densa; y condensándose, condensándose, al fin la camanchaca, una verdadera nube a ras del suelo, nube sin término, envolvente y cegadora, que empapaba y transía. ¡La camanchaca!

Pero siguió avanzando por la huella.

Pronto el caballo, que había venido abreviando más y más el tranco, empezó a marchar como a tientas. Cuando lo notó indeciso en el pisar, el jinete se irritó.

–¡Eh, marica! –le dijo, descargándole un fustazo. Tropezó el bruto entonces.

Minuto a minuto se hizo más difícil proseguir. Había que ir a ciegas casi. No obstante, la luna traslucíase aún allá arriba, ahora como el ojo de un monstruoso pez que mirase dentro de un acuario de pesadilla. Si por aquellos años, primeros del siglo, hubiérase exhibido ya el cine de Walt Disney, habría imaginado Carlos alguna «fantasía».

Pero apenas corría el año cuatro y, además, el trance no pres-tábase para amables fantasmagorías. ¿Valdría la pena volver a la línea férrea, conforme al consejo de la querida? Dentro de poco,

jinete y cabalgadura podían verse bloqueados. Precisaba pensar, acaso convenía decidir a tiempo. Sí; parecía preferible guiarse por los rieles.

¡Lástima! Porque Carlos habíase propuesto acortar camino: de esa huella, salir a la de la oficina San Donato, de ahí hacia la Mapocho, luego a la Santiago... En cambio, por la vía del ferrocarril, se perdían los pasos en dilatada curva.

Mas como la bestia hubiera incurrido ya en varios traspíes y colpas de costra se despeñaran hasta el fondo de las calicheras, con retumbar muy desagradable, decidió el hombre buscar precavidamente la línea. Buscó paso, trepó el terraplén y emprendió la marcha entre las dos rayas de acero. Aunque los durmientes dificultasen algo el avance, la seguridad en el rumbo compensaba con real ventaja.

Y largo rato viajó así. De cuando en cuando, iniciaba un trote; pero siempre debía moderar la vehemencia: en el piso atravesado por los maderos fallaban las uñas de la bestia. Continuó, pues, monótonamente, al ritmo que el baqueano animal supo encontrar para sus trancos. Al enfrentar la oficina Keryma, distinguió aún en todos sus trazos el establecimiento, encendido como un barco en medio de la noche. La humedad, empero, crecía en condensación.

¡En fin! Armarse de paciencia y andar, embozarse bien y embestir contra lo que se presentara. No quedaba otra. Y gacha la cabeza, encogido el cuello y bajo el poncho abrigador las manos, continuó.

Hasta que su vista hubo de fijarse con extrañeza en dos pintas negras aparecidas a la distancia. Experimentó un ligero sobresalto. ¿Qué era aquello? Dos bultos oscuros entre el gris de la bruma. ¿Dos hombres? Algunas cuadras adelante, las dos sombras avanzaban también por la línea. ¿Iban o venían? Iban, no cabía duda. No pudo evitar que el corazón le latiese con violencia. Porque del fondo subconsciente volvieron las recomendaciones de Inés, traidoras, a enlazarse con aquella aparición.

«¡Bah, timideces! –se dijo–. Susto mujeril y ridículo. Dos trabajadores viajarán con la fresca, de un campamento a otro. ¿Qué tiene eso de particular?».

Fuera lo que fuere, sintió cómo los músculos de todo su cuerpo se le relajaban, cómo su sangre descendía hacia los estribos. Aguzó la mirada bajo las cejas, bajo el ancho sombrero; la alargó, la estiró hasta las dos siluetas alarmantes. Dos hombres parecían, sí. Recogió las riendas al caballo, casi lo detuvo. Y alzó un tanto la cabeza. Los dos hombres entonces, primero como indecisos entre reunirse más o separarse, decidieron abrirse cada cual a un lado de la vía, y bajar rápidos el terraplén, y ocultarse.

Paró Carlos su caballo en seco. Pues si no se juzgaba eso bastante singular, demasiado extraño, muy significativo, nada se hallaría singular, extraño ni significativo en el mundo.

Escrutó mejor a través de la camanchaca. Nada. Nadie. Apenas allá lejos, cierta claridad se desleía en la nebulosa que lo ahogaba todo. Subía de la San Donato, al parecer. Mugió distante una sirena, ronca. Sí, de la San Donato, recordaba muy bien la voz. Hizo entonces una aspiración profunda y pacificó algo sus nervios.

¿Cuánto llevaba caminado ya? Kilómetros. Cerca de una hora.

«Sigamos con calma», se dijo. Tampoco el caballo revelaba la menor prisa.

Y no cesaba Carlos de mirar en su lenta marcha. Nadie al frente ya. Cual si la tierra se hubiera tragado a los extraños caminantes. Con el transcurrir del tiempo fue bajando la tensión de su ánimo, la sangre tornó a subir blandamente por sus miembros. Se había dominado.

Él siempre se dominaba. Como que no era ningún cobarde. Esos dos tipos, sí, a lo mejor, eran un par de gallinas. Pero él... él era valiente. Amedrentarse en tal cual ocasión... «¿Quién no se amedrenta así, por sorpresa? Y hasta se puede sentir alguna vez un poco de miedo. El valor –nadie lo ignora– consiste en el don de vencer el miedo, no, por cierto, en lanzarse contra el peligro,

inconsciente y aturdido. A lo sumo, se llamará eso arrojito. Los locos tienen arrojito, no valentía».

Y en esto iban sus reflexiones, cuando las dos sombras reaparecieron sobre la vía. Habíanse deslizado veloces ahora y allá continuaban inquietantes.

Él no se detuvo, sin embargo. Aunque siempre cauteloso, dejó rienda al caballo.

¿Y si fuera Enrique? La ocurrencia le asaltó de repente. Y junto con ella la sangre, toda su sangre esta vez, se le lanzó en tumulto al corazón. Esto sí que ya semejábale al miedo. Pero, ¡caramba!, también la sugestión, los temores de aquella muchacha pusilánime... Culpa era de Inés. «¡Ah, los cobardes! Contagian. Son funestos. Y, a pesar de ello, según se afirma siempre, las mujeres poseen cierta sutil intuición, cierto agudísimo poder de presentir, que les permite asegurar que a ellas el corazón les anuncia cosas que los hombres jamás perciben por anticipado».

El hecho era que allá iban esos bribones. Enrique, no. A Enrique se le sabía, desde un mes atrás, en el cantón Lagunas, allá en la Pampa Sur...

Pero junto con este pensamiento, escuchó el *ritornello* de la advertencia de Inés: «El pampino va y viene». Cierto. Como por todo equipaje lleva un saco dentro de otro saco, le cuesta poco mudarse. Así, bien se pudiera encontrar de vuelta por estos lados. «¡El muy cochino! Explotador de su hermana, sinvergüenza...».

Recordó aquí su incidente con Enrique, cuando Inés, la hermana huérfana que lo servía como esclava sin recibir jamás un centavo, se dejó raptar, enamorada, y llevar a Pozo Almonte. Con aquella su voz como surgida de un jarro y con su desplante amatonado, le había salido al paso, ¡a él!, frente a la pulpería, para decirle:

—¿Y dónde tenís a la Inés, vos?

—¿Yo...? ¡Psch...!

Carlos no le había respondido más, naturalmente. Pero solo a causa de la prudencia. Un empleado salitrero de administración se

ve siempre obligado a manejarse con mucha medida. Por lo demás, de no haberse conducido así, no habría logrado desplegar luego su astucia, con reserva, y hacerlo despedir de las faenas. A Dios gracias, todo salió a pedir de boca. Inés, con su comadre, disfrutando de amor y bienestar; a él, los domingos, a caballo a visitarla en libertad absoluta. Ahora, si Enrique, en unión de otro pícaro, le salía al asalto en un camino, una noche de camanchaca cerrada, cogiéndole por sorpresa, completamente desprevenido e indefenso... pues era un cobarde. ¡No había derecho!

Lo indudable era, a pesar de toda reflexión, que aquellos malvados continuaban ahí, enfrente. Y, sin lugar a dudas, tenían aviesas intenciones. ¿Por qué, si no, esas bajadas sospechosas, cada uno a un flanco, tal como quienes acechan para un atraco? Si fuera que resolviesen cambiar de rumbo, se deslizarían ambos en el mismo sentido. Tampoco cabía suponer que se tumbasen de rato en rato a descansar. No; se escondían, manifiestamente se ocultaban como se agazapa la fiera.

«Mantendré distancia, por lo menos. No me acercaré a ellos. Al cabo, conviene andar lento por la línea. Durmientes y travesaños lo exigen».

Mantuvo, pues, un andar bien calculado. Llegar a su destino con esos individuos a centenares de metros significaba llegar sano y salvo. ¿Y no tenía toda la noche por delante? Bastaba con alcanzar a repartir las fichas a las cinco.

Algo más dueño de sí, sus conjeturas buscaron posibilidades diferentes. Porque si Enrique se mantenía lejos, otros malhechores podían merodear. No obstante, a él, ¡qué injusto sería elegirlo para víctima de un acto criminal! Se consideraba querido por los trabajadores. Como que les ayudaba en la organización de sus deportes y sus fiestas. Les manejaba, como tesorero, los dineros de la Filarmónica, y con acrisolada honradez. De uno a uno se había hecho compadre, probado así espíritu democrático. ¡Ah!, pero se referían tantos crímenes cometidos por ingratos...

A propósito, aquel compadre Daniel era mal bicho. Le observaba cierta actitud taimada desde aquel canje de fichas. Mas si la Compañía, al igual que todas las «nitrate companys», no cambiaba las fichas por dinero a la par, ¿qué culpa cabía a él? Convertirlas con descuento del diez por ciento constituía norma en la Pampa entera. Si en el caso del compadre, él, Carlos, había canjeado personal y privadamente, ello implicaba apenas un ocasional provecho. Muchos lo hacían: los pulperos, la cantina, la fonda. Pero el compadre se había dado cuenta de aquella circunstancia y estaba «enrabiado», como él solía expresarse, «por la especulación». ¡Caramba, no! Y de ahí a vengarse de noche en un camino solitario, ¡tampoco!

¿Y si fuera Eustaquio Farías? ¿U otro? ¿U otros? Varios murmuraban por aquellas cobranzas que Carlos hacía para el fondero. Los peones célibes comían y bebían en la fonda, contraían deudas; el fondero encargábale a él de la cobranza; él descontaba en los pagos de salarios. He ahí todo. Ahora, si el fondero anotaba de más, no podía él adivinarlo, ni tenía por qué averiguarlo. Él cobraba de buena fe. Se ganaba su comisión honestísimamente.

Pues en tal caso resultarían dudosos el Niquinaca y el Pollo Rodríguez. «Son malos. Además, cuando boxeo con el Pollo, en el club deportivo, y lo castigo fuerte, cosa que siempre ocurre y a mí, lo confieso, me da muy orgulloso placer, él queda rabiando. Podría, en consecuencia, ser él, podrían ser ellos dos. ¡Cobardes!».

Sonó de súbito un pitazo estridente. Como le siguieran otros de inmediato, Carlos reconoció el llamado para apurar a los derripiadores al turno, en la San Donato; pero sufrió un sobresalto horrible. Iba poniéndose momento a momento más nervioso. Con demasiada frecuencia subía ahora el corazón a la garganta.

En esta ocasión, le provocó detenerse. Reflexionando, le fue acometiendo cierta tristeza. Ya no se alarmaba, tan solo; se afligía, ondas de medrosidad le invadían y le aflojaban ánimo y orga-nismo. «¡Oh, cobardes, cobardes!».

Antes de reanudar una marcha menos morosa, miró de nuevo adelante. No bien alzó la cabeza, las dos sombras fatídicas descendieron ágiles los márgenes de la vía férrea.

Pero esto era de veras atroz. «¡Cobardes, cobardes, cobardes!», repetía, a tiempo que una especie de compunción le estrujaba el pecho. La tripulación, infiltrándose como un veneno, le impregnaba ya el alma. ¿Por qué no escucharía los ruegos de Inés? Haber pasado la noche con ella, amoroso. Haber emprendido el regreso con las primeras luces. El frío le atería, también. Los elementos, por su parte, cómplices crueles, cumplían siempre su obra maléfica.

En su mente afiebrada, se dieron a danzar suspicacias, excitaciones, fantasmagorías. Sus ideas se enfermaban. Ya tenía miedo, franco miedo.

Pero había que derrotarlo. Si en el trato al obrero en las salitreras había corruptelas, abusos, falta de lealtad humana, explotación, en una palabra, no eran los empleados los responsables. Allá las compañías. Y en último término, el gobierno, que hablaba siempre de corregir, de una nueva política social, de mil lindezas, y que nada cumplía.

Horrible cosa. Aquellas sombras siempre allá, atisbando su momento, por lo visto, o eligiendo el punto adecuado para el asalto probablemente. «¡Miserables! Pillarme a traición, inocente y descuidado». Bueno, descuidado, no tanto. Los estaba viendo y midiendo. Sacó el revólver y fijó recta la vista en las siniestras figuras.

Inmediatamente, se escondieron, en idéntica forma. Esta vez a Carlos se le ocurrió un ardid. Se escondería él también. Había llegado a la altura de un acopio de caliche, próximo a la línea. Se metería tras él. Los despistaría. Y bajó del terraplén y se detuvo tras el montón pedregoso.

Allí, aguardando, su vida pasada desfiló veloz por su mente. Ante todo, él era honrado y buen muchacho. No habían tenido razón sus compañeros cuando aquella noche, entre copa y copa,

le habían analizado, concluyendo con ligereza que «resultaba algo canallita». No. Era como ellos. Acaso mejor que ellos. A los veintidós años, ninguno tendría menos pecados. Nadie en la tierra. Algún amorío con procedimientos astutos, una que otra argucia mañosa para cubrir gastos y desórdenes. Y ya que de esto se acordaba: la «combinación» establecida en los últimos meses con el boletero y el corrector, a fin de cobrar entre los tres algunas carretadas «brujas» de un caliche que jamás se volcaba en las chancadoras, se descubriría en el acto si a él le sucediera algo esa noche. Asimismo, la cubicación abultada de los acopios.

Funcionaban los recuerdos a mayor velocidad que el raciocinio; de manera que las imágenes acudían sobrepuestas, en conjunto incoherente, aunque muy nítido.

Acabó confundiéndose. Y algo como el germen de un llanto en las entrañas lo compungió, le deprimió el espíritu, lo sumió en un caos de emociones descorazonadoras. Como permanecía inmóvil, también la niebla diríase que le invadía mente, alma y corazón. Toda su vida interior se fundía, se tornaba gris, helada, húmeda, pegajosa, turbia y miserable. Verdadera pesadilla. La confusión, ¿es en realidad otra cosa que una niebla espesa?

Quiso reaccionar. Salió del escondite. Volvió a la línea férrea. Miró, alta la cabeza. Nadie. Acaso los bandidos se hubiesen marchado al fin.

«No. Yo no tengo miedo –se aseguró–. Además, si lo tuviera, sería porque Inés me lo ha infundido. Me predispuso a él con temores femeniles».

Guardó el revólver. Había que autosugestionarse. Carraspeó a lo guapo. Luego se embozó más en la bufanda, agachó la cabeza y reanudó viaje.

Mas he aquí que, *ipso facto*, las dos sombras suben otra vez. Se juntan. Allá van. O allá están. ¿Van? ¿Están? Cuando Carlos avanza, parece que van. Cuando se detiene, se juraría que se detienen también. Juego de enloquecer.

Como sonámbulo, anduvo, anduvo, todo él suelto, ya sin voluntad gobernable.

Hasta que un salto del instinto le paralizó. Alcanzaba la línea un corte practicado en la puntilla de la loma y las forajidas sombras habían desaparecido dentro. Ahí, ahí estaba el punto estratégico de los malhechores. Pasar por aquellas Termópilas sería locura, tirarse a las fauces del lobo, un suicidio.

Giró los ojos a todos lados, en desesperado gesto, como en llamado de auxilio. Tuvo que abrirse la bufanda, desabrocharse el cuello de la manta. Le sofocaban los vuelcos del corazón.

Luego reconoció el lugar. A pesar de la camanchaca, supo que se hallaba cerca de las máquinas de la San Donato. La chimenea emergía fantasmagórica y el humo salía de ella con extraño resplandor rojizo. Desde los puentes sobre los cachuchos, las bombillas eléctricas empujaban haces de rayos que a poco degradaban y morían en la niebla, agonizando en desvaída zona de amarillo gris. El vaho de los caldos mezclaba a la atmósfera su acre olor a yodo.

¿Y si partiese, a campo traviesa, recto a la administración de la San Donato? Decidió, en todo caso, escurrirse fuera de la vía.

Había, ¡ay!, tal destrozo en los suelos, abríanse las calicheras tan juntas y tan hondas, que el caballo seguramente rodaría, a despeñarse con los trozos de caliche y costra mal amontonados. Logró bajar, empero, con gran tino, hasta un pequeño espacio llano.

Allí, el frío y el miedo –aunque él se empeñase en confesar solo el frío– le fueron inmovilizando el deseo y el entendimiento. Reducíansele las ideas, degenerando hasta el nivel de las mentes infantiles. Sufría casi la petrificación de su ser. A tanto alcanzó su atonía. Apenas si el enloquecido corazón daba señales de vida en el organismo del pobre Carlos. Porque aquel ruido ¿era de las chancadoras de la San Donato o eran tumbos del corazón? ¡Pum, pum! ¡Pum, pum! ¡Pum, pum...! Pulso gigante, retumbaba tanto en la atmósfera como en el pecho y en las sienas y en el cerebro.

Acudieron por último ciertos síntomas fisiológicos del pánico. Cierta constreñimiento en los intestinos.

«Frío –se explicó Carlos–, este húmedo y penetrante frío». A él siempre, desde niño, esta clase de frío le había repercutido en el tubo intestinal. Porque miedo... Aunque ¡quizá! De todo podía haber un tanto. Por lo común, las causas de cuanto nos ocurre en la vida no son simples; más bien un compuesto de factores indistinguibles. Pues miedo también sufría. ¿A qué negárselo?

¡Hem! Y a fin de cuentas, ¿pensaban matarlo esos facinerosos? ¿A tanto llegarían? «A mí no me matan», se prometió. Mas al instante recordó haber leído que nadie, aun en el peor de los trances, cree en su muerte. En el segundo más desesperado, siempre el hombre espera una inopinada circunstancia que traerá la salvación.

Mientras, la camanchaca había adquirido tan líquida densidad, que la noche lindaba con la tiniebla. Le cruzó a Carlos por la imaginación un símbolo de la otra vida. Dentro de aquella penumbra se recibía como un anticipo de las regiones de ultratumba. El limbo debía de ser así. Y aquellas lucecitas, murientes, medrosas como fuegos fatuos, le evocaron imágenes de ánimas en pena.

«¿Y si retrocediese a Pozo Almonte, al regazo de Inés?», se preguntó en extrema ocurrencia. ¡Ah, Inés, gordita, suave y tierna Inés! Pero regresar ahora...».

¿Cómo? Debió haberlo pensado antes.

Pronto ya no discurrió. Aterido, calado el poncho, el sombrero goteante, decidió desmontar.

Cuando puso pie en tierra, las piernas le temblaron. Tiritaba de nuca a talones. Totalmente sin fuerzas, abandonó las bridas al caballo y se sentó laxo encima de una piedra.

En esto, una onda repentina, alegre como una aurora, nació en su pecho y fue elevando su milagro hasta cubrirle de una sonrisa todo el rostro. Veía de nuevo las siluetas negras; pero no ya dos, sino cuatro, seis, diez pintas proyectadas ahora en lugares diversos,

adonde dirigiese las pupilas. Y el sonreír creció enseguida a risa, a risa franca y sonora.

—¡Caramba! ¡Estúpido! ¡Ridículo! —se increpó a voz en cuello.

Monologaba de alegría: «A ver. ¡Claro! Evidente: la camanchaca empapó el sombrero. Dos gotas de agua formadas en el ribete, colgando y deslizándose, se reunían cada vez que yo bajaba la cabeza. Cuando la alzaba, se corrían a los lados. Se proyectaban sobre el paisaje indistinto. ¡Y yo las veía bajar del terraplén como dos malhechores al atisbo!».

Entre risas, lanzó el sombrero por los aires, lo peloteó, lo sacudió.

Recuperó las riendas, montó a caballo y, sin cuidarse ya de durmientes y travesaños, emprendió frenético galope sobre la fulgente vía férrea, a través del pintoresco, bellissimo fenómeno natural de la camanchaca.

EPÍLOGO

Cuando me ofrecieron escribir algunas líneas en relación a Eduardo Barrios, mi abuelo materno, tuve la impresión que era él quien me convocaba y que, al hacerlo, me instruía para que, más que referirme a su literatura, me refiriera a su persona, al ser humano. Si es cierto que es él quien me convoca, quizás se deba al hecho que fui un nieto cercano a él, con quien conviví durante largos periodos de mi niñez y adolescencia. Lo recuerdo en la casa de Bilbao N° 1966, frente a la plaza Pedro de Valdivia, hoy violada por el llamado «progreso»: la partieron en dos para facilitar el tránsito de vehículos. La casa (teléfono 83585) hoy día es un banco y yo evito pasar por ahí. Cuando llegaba del colegio, mi abuelo me daba plata para comprar helados, y los fines de semana para cruzar al frente, al teatro Pedro de Valdivia –entonces se decía teatro, no cine– para comprar la entrada a la matinée y bolsitas de papel con calugas y maní confitado. En esa casa me pedía que le diera un beso de buenas noches en la «pelá» cuando yo me iba a acostar y él, solo, en silencio, se quedaba fumando y haciendo sobremesa en el comedor chico o en el comedor grande, porque había también un comedor grande que se usaba los domingos, cuando toda la familia se reunía a almorzar y a pasar juntos la tarde.

En esa casa murió el abuelo. Un día de septiembre de 1963 llegué del colegio –Instituto Nacional–, y cuando entraba en el jardín mi madre salió a mi encuentro, me abrazó y me dijo: «Payito, se murió el Tata». Fue mi primer encuentro cercano con la muerte. En este pasar por la vida, esos días son especiales en mi recuerdo y nunca se han borrado.

Hoy, a 55 años de su muerte, sigo sintiéndome muy ligado a mi abuelo materno. Me ha tocado en suerte ser uno de los descendientes que sigue habitando en la que fue la casa de vacaciones, en San José de Maipo, junto a mi madre y hermanas. En los recuerdos, esta casa es tan importante como la de Bilbao, con la diferencia que, en lugar de ser un banco, anida un centro cultural –fundado por mi persona– que conserva valores patrimoniales del Premio Nacional de Literatura Eduardo Barrios, entre otros. Aquí veraneábamos todos los años: el abuelo, las hijas, los nietos y, cómo no, la abuela, la Yoya. Aquí nació Angélica, la última hija; aquí pintó Gracia, la segunda hija, y su esposo José Balmes, quienes llegarían a obtener el Premio Nacional de Artes Plásticas; y aquí vive aún la hija mayor, Carmen, la Pita, mi madre, ya de 97 años. Es una gran casona de adobes, con tres terremotos a cuestas y a la cual aún le queda una larga vida.

Veo a mi abuelo parado en el umbral de la galería, con faja y sombrero de huaso. Lo veo bajo el parrón tanteando la uva. Lo veo, tijeras de podar en mano, cuidando las rosas. Lo veo bromear con los nietos, darle vuelo al columpio, sacar duraznos, peras, guindas de los árboles del jardín. Y veo a mi abuela en el espacio de la cocina a leña dirigiendo la gran operación de hacer dulce de mora, dulce de ciruelas, dulce de membrillo, dulce de diferentes frutas para llevar en grandes frascos de vidrio a los inviernos santiaguinos en la casa de Bilbao. Veo la gran mesa redonda, de madera, pintada de negro, a la que hijos y nietos se sentaban a comer junto a ellos,

padre y madre, abuelos que hoy no solamente viven en el recuerdo, sino también en visiones al alcance de la mano: el tiempo no existe o es un instante eterno con mil posibilidades de vivirlo. Esto tiene un algo nostálgico, pero sobre todo se trata de un sentir que hace activo y creativo y que lleva al pensamiento y a la reflexión.

En las noches, aquel tiempo transcurrido –ese tiempo que aparentemente no se puede atrapar–, se apodera de la realidad y uno lo atrapa. Cruje una tabla, maúlla un gato, ladra un perro, se oye el rumor del río, un ratoncito rasca por ahí, el viento silba en árboles y ventanas, un ruido inexplicable se oye muy lejos o muy cerca, arriba del cerro o junto a la cama... Cuando hay tranquilidad y silencio, hay también misterio en las noches de la casona de San José de Maipo. Es en esas oportunidades –cuando «la realidad concreta» se desdobra y se hace «realidades» (en plural) revelando que los que se fueron están aquí, junto a uno–, queda en evidencia que el tiempo es ilusión. Esta vieja casona lo atrapa, del mismo modo que lo puede atrapar un tren, un río, un cerro, un viejo objeto... Y entonces se trasluce la presencia viva de los que consideramos muertos.

Mi madre me cuenta de mi abuelo:

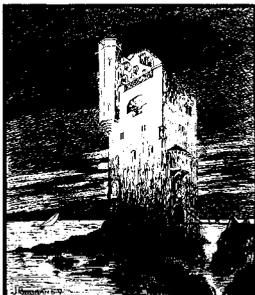
«En esta casa de San José lo hacíamos bailar aquí en la terraza, debajo del parrón, y bailaba pésimo... Esta casa mi papá se la compró a medio hacer cuando yo tenía como dos años, allá por 1923. Siguió construyéndola de adobes, tal cual era. Quería tener gallinas, y entonces, en la reja de madera, afuera, puso “Granja Avícola El Trébol”. Compró de las gallinas más ponedoras, las coloradas y las blancas. Recuerdo que cada gallina tenía en una pata un anillo con un número, así que cada vez que íbamos a recoger huevos a los ponederos había que apuntar el número de la gallina porque mi papá quería saber cuáles eran

las más ponedoras. Ya después nosotras usábamos los anillos para jugar, nos poníamos los anillos en los dedos...”. Detrás de la casa estaba el acueducto –donde ahora está la calle Volcán– y después mi papá fue comprando pedazos hasta el río. El tren pasaba justo por donde terminaba la propiedad de nosotros. Había una acequia, entonces íbamos todos corriendo y ahí en un puentecito nos poníamos los niños a ver pasar el tren y después nos íbamos corriendo detrás de él hasta la estación. Ahí se vendía el diario y llegaba un saco con el correo. Yo le compraba *El Mercurio* a mi papá y los jueves compraba *El Peneca* para mí. A veces íbamos a pasear en el tren hasta El Volcán, a mí me daba susto pasar por el túnel del Tinoco. Había tren los martes, jueves, sábados y domingos, los otros días había puros trenes de carga, carros de pasajeros había solo esos días. Muchas veces vinimos en tren. Mi papá tuvo un Ford de esos cuadrados pero manejaba pésimo, así que preferíamos venirnos en tren. Una vez en el Puente del Colorado, que no era el puente grande de ahora, chocó contra el muro, casi nos morimos de susto. Veníamos todos, con mi mamá, con la Gracia guagua. Sí, mi papá no manejaba nada de bien, tanto, que después de viejo no tuvo más auto. Cuando era ministro tenía auto pero con chofer, y después, como Director de la Biblioteca Nacional, también. El chofer se llamaba Tapia y él nos traía para acá en los veranos, hasta con el canario, con todo. Nos veníamos pasadita la Pascua y no nos volvíamos hasta Semana Santa, llegábamos siempre atrasadas al colegio. Porque mi papá después compró Lagunillas y entonces nos quedábamos todos aquí esperando el rodeo, en abril, así que siempre llegábamos atrasadas al colegio...».

Todo lo anterior traza rasgos del hombre Eduardo Barrios, tras el cual estaba el escritor, uno que, a la vez, veo y conozco como protagonista de sus libros: él está en aquel niño que enloqueció de amor, en aquel gran señor y rajadiablos, y está en sus novelas, en sus cuentos y en su teatro.

JUAN PABLO YÁÑEZ BARRIOS

San José de Maipo, 23.05.2018



Cuentos de Eduardo Barrios ha sido publicado bajo el sello de Ediciones Los Diez. Para su composición se utilizaron los tipos de la familia DTL Fleischmann. Fue impreso en los talleres de Andros Impresores en Santiago de Chile durante el mes de agosto de 2018. El dibujo utilizado en el colofón fue realizado por Julio Bertrand Vidal y publicado en la *Revista de Los Diez* 1, 1916.

OTROS TÍTULOS

Teatro

Eduardo Barrios

La cadena de los días

Augusto d'Halmar

Escritos sobre Arte

Juan Francisco González

Fragmentos

Karez-I-Roshan

CUENTOS

DE EDUARDO BARRIOS

El primer libro publicado por Eduardo Barrios fue, precisamente, una compilación de cuentos que tituló *Del Natural* (1907). Era el estreno de uno de los mejores narradores chilenos del siglo XX. Más tarde fue publicando cuentos acompañados de novelas cortas, como ocurrió con *El niño que enloqueció de amor* (1915), donde incluyó «¡Pobre feo!»; *Páginas de un pobre diablo* (1923), «La antipatía», y *Tamarugal* (1944), «Santo Remedio» y «Camanchaca». En todos ellos se luce la sobriedad del estilo de Barrios, esa «transparencia y musicalidad» a la que aspiraba en sus narraciones. Y en esta compilación podremos apreciar la evolución desde sus primeros cuentos, ambientados en el Iquique de principios del siglo XX, de tono frívolo y algo obsceno para la época, pasando por el amor trágico del «Pobre Feo» en una pensión santiaguina, la «antipatía» feroz de un joven médico que practica la eutanasia a un antiguo vecino en un fundo del Valle Central, para volver al norte, pero esta vez a las salitreras, bajo una óptica criollista y de denuncia social.

